

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Espías de alquiler

Han matado por la espalda a un agente de la CIA, a un Simón. Brigitte, como siempre, se presenta para vengarle. Esta vez no tiene que averiguar quién ha sido, porque sus compañeros ya lo saben. Un viejo exespía alemán es el que ha matado a Simón. Pero ¿por qué un espía ya retirado desde hace tiempo va a matar a un agente en activo?

Ayudada por su gran amigo Wilhem von Steinhel, Alexandria, la incomparable agente Baby se meterá de lleno en una aventura en la que hay varios espías de alquiler.



Lou Carrigan

Espías de alquiler

Brigitte en acción - 249

Archivo Secreto - 239

ePub r1.1

Titivillus 01.06.2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



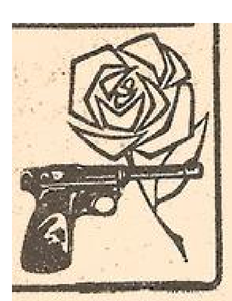




EDICION CONMEMORATIVA

epublibre

"Más libros, más libres"



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

Cuando el reactor modelo Tirol, de la Austrian Airlines, aterrizó en el aeropuerto de Viena, procedente de París, llovía torrencialmente. Las gruesas y espesas gotas formaban una cortina tal que, desde detrás de los cristales de la sala de espera, el hombre apenas pudo distinguir las franjas rojas de adorno en el blanco aparato. Lo que sí veía perfectamente eran las luces destellando entre aquella tromba de agua brillante y tibia.

Hacía cinco minutos que, por los altavoces, se había anunciado la llegada de aquel vuelo, procedente de París. Y en esos cinco minutos, el hombre lo había pasado mal; francamente mal. Aquella maldita lluvia de agosto podía haber ocasionado un accidente, y eso habría sido terrible…

Terrible.

Pero nada sucedió. El aparato tomó tierra, los pasajeros fueron recogidos y llevados a la aduana, los altavoces informaron de que el aparato, procedente de París, ya había llegado.

El hombre encendió un cigarrillo, y se dirigió hacia la salida de vuelos internacionales. A través de los cristales, vio a los pasajeros. Y, entre los pasajeros, en seguida, la vio a ella. Estaba esperando su turno, mezclada entre los demás… Mezclada, pero no confundida, no integrada. Destacaba como si tuviese luz propia.

Y, ciertamente, el hombre comprendió que no podía equivocarse: la belleza de aquella pasajera, de largos cabellos negros y grandes ojos azules, no podía tener igual. Por si esto era poco, cuando, ya cumplidas las formalidades, la pasajera recién llegada se dirigió hacia la salida, el hombre vio, en su mano izquierda, el maletín rojo con florecillas azules, estampadas. En la derecha, la hermosa pasajera llevaba una sola maleta, tras rechazar amablemente, los servicios de un empleado. Y esto, porque ella sabía que la estaban esperando.

Cuando apareció en la sala de espera, el hombre tiró el cigarrillo a uno de los ceniceros, y se acercó, mirándola fijamente. A su vez, ella le vio en el acto, y también le miró fijamente. Por fin, el hombre se detuvo ante ella, y su expresión sombría desapareció, dejando paso a una sonrisa alegre, incontenible.

—Perdone —musitó—. Estoy esperando a una señorita que viene de París y de Estados Unidos. ¿Es usted?

—Esa ha sido mi ruta, sí.

—Me llamo Simón.

—Yo, no —rió ella.

El llamado Simón también rió, y tendió una mano hacia la maleta de la pasajera.

—En ese caso, debe llamarse Baby —dijo—. Permítame que lleve su maleta. ¿Ha tenido buen viaje?

—Más o menos. He estado varias veces en Viena, y siempre ha llovido, lo cual me deprime un poco. Prefiero el sol.

—Es lluvia de verano —Simón señaló hacia la salida—. Un poco fría, desde luego, pero puede cesar en cualquier momento. Y todo se verá limpio y brillante, entonces.

—Entonces debe ser cierto ese refrán español que dice que no hay mal que por bien no venga. ¿Nos están esperando, Simón?

—Sí.

—Bien.

Salieron del edificio, y Simón vaciló. La lluvia seguía cayendo con verdadera furia, densísima.

—Me parece tonto que nos mojemos los dos, —dijo—. Será mejor que me espere aquí, mientras yo voy a buscar el coche. ¿Le parece bien?

—Claro que sí.

Simón dejó la maleta en el suelo, junto a los pies de Brigitte Baby Montfort, y se dirigió hacia el estacionamiento. La periodista-espía quedó sola, mirando distraídamente a todos lados, sin hacer el menor caso al pasmo de admiración que provocaba en los hombres que pasaban cerca de ella. Alta, hermosa, bellamente proporcionada, elegante, deslumbrantes sus ojos azules, se estaba convirtiendo en el centro de un círculo de embobados caballeros, cuando regresó Simón con el coche. El agente de la CIA se apeó rápidamente, y, con gesto un tanto avinagrado, se acercó a recoger

de nuevo la maleta, que colocó en el maletero, mientras Brigitte Montfort ocupaba el asiento al lado del conductor.

Segundos después, este asiento lo ocupó Simón, y puso el coche en marcha, refunfuñando:

—¡Pandilla de cretinos…!

—La culpa es mía —sonrió la divina espía—: soy demasiado hermosa, Simón.

El espía la miró atónito. Luego, se echó a reír.

—¡Es cierto! —exclamó—. ¡Lo es! Y me pregunto cómo una mujer como usted, a la que todos miran, puede ser la mejor agente secreto del mundo.

—Del universo —corrigió ella, riendo de nuevo—. El mundo se está quedando pequeño para mí.

—Caramba… ¡Está de muy buen humor! Y teniendo en cuenta las circunstancias, me pregunto cómo puede conseguirlo.

—Cuestión de autocontrol. De todos modos, no es la primera vez que me encargan un trabajito de las características de éste. ¿No tiene ningún periódico?

—En la guantera.

Brigitte sacó tres periódicos de allí; dos escritos en alemán, y uno escrito en alemán y francés. Ningún problema, naturalmente. No sólo podía leer aquellos periódicos, sino los que se editasen en español, italiano, ruso y portugués. Aparte del inglés, por supuesto, que era el idioma que estaban utilizando ella y Simón.

Afuera, la lluvia convertía el día poco menos que en impenetrable noche. Brigitte encendió la luz interior del coche, y se dedicó a una velocísima lectura, sólo de los titulares. Lo demás no le interesaba, por la sencilla razón de que sabía positivamente que todo eran elucubraciones de sus colegas, periodistas. Llenaban páginas y páginas, pero ninguno podía saber dónde estaban las dos bombas atómicas desaparecidas. Esta era la noticia que tenía asombrado al mundo: dos bombas atómicas habían sido robadas de uno de los silos secretos de la OTAN en el sur de Alemania Federal, instalado cerca de uno de los acantonamientos militares.

Tras la lectura de los titulares, la agente Baby de la CIA movió la cabeza, volvió a guardar los periódicos, y suspiró.

—Es absurdo —susurró.

—¿Qué?

—Digo que es absurdo. Santo cielo, ¿cómo podemos creer esto?

—Pues ha sucedido.

—Sí, sí, de acuerdo. En realidad, parece que todo lo imposible puede suceder… Ya le he dicho que no es la primera vez que me dedico a buscar bombas atómicas. Y cabe la posibilidad de que, dentro de poco, tengamos que andar persiguiendo a fabricantes particulares de esa clase de artefactos. Según parece, lo único que realmente es ya imprescindible para poder fabricar una bomba atómica, es dinero. Por lo demás, los secretos científicos y técnicos son poco menos que del dominio público, así que, no tardando mucho, cabe la posibilidad de que cualquier persona tenga su armario lleno de pequeñas bombas atómicas, por si le cae mal el vecino.

—Sigue usted de buen humor —sonrió Simón.

—Quizá sea porque espero que, en cualquier momento, me digan que todo ha sido una broma, un… chiste… ¿Cómo se pueden robar dos bombas atómicas de un silo secreto de la OTAN, Simón?

—No tengo ni idea. Pero si me dedicase a planear un golpe como ése, quizá lo consiguiese.

—Buena idea. Quizá ése sea un buen punto de partida. Pero no es sólo robarlas…, lo cual es de lo más fantástico que he oído en mi vida, sino…, ¿qué hacemos luego con ellas? Dos bombas atómicas no son dos cartones de cigarrillos que se pueden pasar de contrabando. Son dos enormes proyectiles que deben pesar más de tres mil libras cada uno, y cuyo tamaño no será inferior a cuatro o cinco metros, ¿verdad?

—El general podrá facilitarle esos detalles mejor que yo. Y pronto llegaremos.

No iban hacia Viena, sino que Simón conducía por una estrecha carretera flanqueada por altos y frondosos árboles de color oscuro, de cuyas ramas se desprendía la lluvia mansamente. Durante un par de minutos, los dos quedaron silenciosos. Solamente se oía el suave zumbido del motor, y el susurro del limpiaparabrisas sobre el cristal: fliiiíc-ñac, fliiiíc-flac, fliiiíc-flac… Y la lluvia, cayendo cada vez más mansamente sobre el coche. El cielo estaba de un color negruzco, pero llovía menos…, por el momento.

Otro minuto más tarde, después de dejar atrás un cruce, Simón emitió dos destellos con las luces del coche. Más allá, entre la

oscuridad de la lluvia, dos grandes ojos amarillos parpadearon del mismo modo.

—Ahí está el general —susurró Simón.

Segundos después, detenía el coche frente a otro, que estaba detenido a la derecha de la carretera. Los dos vehículos quedaron tocándose con los parachoques delanteros. Simón apagó las luces y miró a Brigitte.

—Espere. Iré a asegurarme de que todo está bien. De paso, le diré al general que venga él a este coche.

—Se mojará.

—Entre que se moje él, o que se moje usted, no tengo la menor duda en la elección.

—Es un general, Simón.

—¿Y a mí qué? Usted es una reina.

Dejando sonriente a Brigitte, Simón se apeó, y fue al otro coche, en cuya parte de atrás entró. Salió diez segundos más tarde, seguido de un hombre alto y grueso, de calva cabeza, que se protegió con un periódico doblado, mientras apresuraba el paso hacia allí. Brigitte, que había pasado al asiento de atrás, se apartó, dejando sitio para el general norteamericano Donald Harriman, al que había identificado en el acto, gracias a las fotografías que le habían mostrado en la Central de la CIA.

Simón se sentó ante el volante, y el general lo hizo junto a la espía, a la que miró vivamente.

—Espero que no sea nada grave, señorita Montfort.

—¿El qué? —se sorprendió Brigitte.

—Su torcedura de pie.

—¿Mi…? —Brigitte miró un instante a Simón—. ¡Ah, sí! No, no es nada grave, general. Ha sido una tonta torpeza por mi parte: después de estar tanto rato sentada en el avión, no sabía ni dónde tenía los pies.

—Sí, suele ocurrir. Bien… Bueno, no quiero engañarla, así que le haré una pregunta que define mi opinión respecto a la decisión de Washington de enviarla a usted: ¿realmente cree estar capacitada para una investigación como la que nos espera?

—Yo no creo nada, general —sonrió la divina—. Pero, al parecer, en Washington sí lo creen.

—Ya. Sí, claro. Con mucha frecuencia, leo artículos firmados por

usted, y debo decirle que la considero una mujer muy inteligente, sensata, y con gran claridad de visión, pero… Vaya, no sabía que trabajaba usted para la CIA.

—¿Y por qué supone usted que trabajo para la CIA? —Alzó las cejas Brigitte.

—¿Qué…? Caramba, eso he entendido. Su compañero es de la CIA, ¿no?

—Él sí es de la CIA.

—¿Y usted no?

—Yo no soy de nadie, general. Trabajo en ocasiones con la CIA, no para la CIA. De todos modos, como soy una patriota ferviente y leal, siempre que puedo oriento las cosas de modo favorable a nuestro país. Me temo que no entiende esto muy bien, ¿verdad?

—Francamente, no. Y además, quería decirle otra cosa: la intervención de la CIA no será del agrado de los demás países de la OTAN.

—¿Por qué no? —se sorprendió de nuevo Baby.

—Es de suponer que usted sabe perfectamente que la OTAN también tiene su servicio de inteligencia, señorita Montfort.

—Al decir inteligencia…, ¿se refiere usted a un servicio que podríamos llamar secreto?

—Naturalmente.

—Ah. Bueno, admito que la OTAN tenga un servicio secreto, pero… no me ha parecido que ese servicio tenga mucha inteligencia.

Simón tuvo que morderse los labios para no soltar la carcajada, mientras, por su parte, el general Harriman se mordía los labios también, y enrojecía. Era un hombre fuerte y de mirada inteligente. Parecía tener unos cincuenta años o poco más. Vestido de paisano, seguramente no imponía tanto como debía hacerlo vestido de militar y adornado con todas sus condecoraciones.

—Señorita Montfort, no he venido desde Alemania para discutir con usted —masculló.

—¿No? ¿A qué ha venido?

—A sostener con usted una entrevista secreta lejos del silo y facilitarle los elementos que precise para la investigación que nos permita recuperar esas dos bombas A.

—¿Eso le ordenaron?

—Así es.

—Entonces, general —dijo fríamente Brigitte—, debió usted empezar por ahí, y reservarse sus opiniones sobre mí y sobre la CIA. Pero ya que usted se ha permitido emitir opiniones, voy a hacer lo mismo. En primer lugar, cuantos más seamos a buscar esas bombas, mejor. En segundo lugar, tenga por seguro que los demás países integrados en la OTAN también habrán movilizado a sus respectivos servicios de… inteligencia, así que no veo por qué no lo hemos de hacer nosotros. Y en tercer lugar, yo tengo las mismas posibilidades que cualquier otra persona de encontrar esas bombas, así que, por favor, no me menosprecie.

El general Harriman estaba estupefacto. Por fin, se pasó la mano por la calva cabeza, y susurró:

—Le ruego que me perdone. Este asunto me tiene demasiado nervioso… Lo siento.

—Está bien —sonrió la espía—. Firmemos el armisticio… Y ahora, dígame: ¿cómo se llevaron esas dos bombas?

—No tenemos ni idea.

—¿Está hablando en serio?

—Desde luego.

—Vamos, vamos, general… Una cosa es que esa respuesta la den ustedes a los periodistas, y muy diferente que me la dé a mí. Dos bombas de ésa envergadura no pueden ser escamoteadas sin dejar rastro.

—Pues así ha sido.

—Mire, hace unos días resolví un asunto… sorprendente relacionado con un enlace británico. Sucedió algo que parecía imposible, pero, puesto que había sucedido, es que era posible, ¿no le parece? Por lo tanto, sólo había que encontrar la solución. Y las soluciones se encuentran pensando… A veces, debo admitirlo, de un modo inesperado, por algo que resulta revelador. Pero, siempre, hay una solución. Se han llevado dos bombas A. Santo cielo, la pregunta tiene qué ser: ¿cómo lo han hecho?

—Le digo que no lo sabemos.

—O sea, que han desaparecido y ya está.

—Sí.

—Puesto que la cosa ha sucedido tan… discretamente, me parece que se le podía haber ocultado a la prensa, ¿no?

—Se ocultó a la prensa.

—¿Se ocultó? Vamos… ¡Todos los periódicos del mundo han publicado la noticia del robo de dos bombas a la OTAN! ¿Tampoco saben, cómo llegó esa noticia a las agencias de prensa?

—Tampoco.

—Entiendo. Bueno…, ¿a qué conclusión han llegado ustedes teniendo en cuenta estos datos?

—¿Qué datos?

Brigitte se quedó mirándolo con excesiva amabilidad.

—Los datos mencionados: su ignorancia respecto a cómo se llevaron las dos bombas, y su ignorancia respecto a cómo pudo llegar esa noticia a los periódicos. Para mí, esto es significativo… ¿Para usted no?

—¿Qué significa esto para usted?

—Pues, simplemente, significa que alguien quiere que el mundo sepa que le han robado dos bombas atómicas a la OTAN…

—¿Con qué objeto? —Se pasmó Harriman.

—Posiblemente, para someter a la OTAN o al mundo a determinada presión o chantaje. Y eso no se puede hacer sin que todos estén seguros de que las bombas han sido robadas.

—Vamos, vamos, señorita Montfort… ¡Eso es cosa de novelas de aventuras!

—Si tuviésemos tiempo, general, le contaría a usted mi vida, y estoy segura de que su opinión sobre las aventuras cambiaría mucho. Pero no tenemos tiempo de eso. Ni de discutir. Quedamos, pues, en que no saben cómo han robado las bombas, ni cómo ha trascendido la noticia a la prensa.

—Así es.

—¿Ha traído usted un plano de la base donde están instalados los silos?

—Sí… Sí, sí.

—Los quiero —tendió, la mano Brigitte.

—¿Para llevárselos? —Casi gritó el general Harriman.

—En efecto. Puesto que usted no puede facilitarme ninguna información que me ayude, estudiaré personalmente esos planos, y quizá encuentre alguna solución. Para ello, es posible que me baste pensar en cómo robaría yo esas dos bombas atómicas.

—Eso ya lo hemos hecho nosotros, sin obtener resultados.

—Se dice que cuatro ojos ven más que dos. Los planos, por favor.

Donald Harriman volvió a vacilar antes de, por fin, y con visible mala gana, sacar un sobre del bolsillo interior de la chaqueta.

—Espero que no los pierda —murmuró.

Brigitte tomó el sobre, dirigiendo una mirada de perverso regocijo a Harriman.

—Si los pierdo, pueden castigarme sin postre —sonrió al oír la ahogada risita de Simón—. Permítame que eche un vistazo a los planos, por si tuviese que preguntarle algo.

No tuvo que preguntar nada. A la luz del interior del coche, estuvo casi diez minutos estudiando los planos, bien extendidos sobre sus rodillas. De cuando en cuando, movía la cabeza, con un gesto que a Harriman le parecía de desaprobación. Por fin, dobló los planos, los guardó en el sobre y metió éste en el maletín.

—Le agradecería, general, que se quedase usted en Viena, aunque sólo fuese un par de días. A simple vista, parece que lo he entendido todo bien, pero prefiero asegurarme. ¿Puede quedarse?

—Sí. A fin de cuentas, allá no sirvo de nada.

—Quizá yo sí pueda servir para esto…, del mismo modo que, si hubiese guerra, dejaría en sus manos el manejo de nuestros soldados. ¿No le parece razonable?

—Sí —gruñó Harriman.

—Le diré otra cosa, que quizá no le parezca tan razonable: ¿se les ha ocurrido pensar que las bombas atómicas robadas estén todavía en la base?

—¿Qué dice? —aulló Harriman.

—Cálmese. No estoy sugiriendo que ustedes no sepan con exactitud cuántas bombas tienen, o que no sepan contar. Pero le diré lo que hacen la mayoría de los perros: entierran sus huesos, y van a buscarlos cuando les parece bien. De este modo, pueden ir tranquilamente por el mundo sin que otros perros, más fuertes que ellos, sepan que tienen un hueso… o dos.

—¿Quiere decir que pretendemos nosotros mismos, la OTAN, engañar a los rusos, por ejemplo, haciéndoles creer que tenemos dos bombas menos?

—No, no… ¡Por Dios, qué tontería! Lo que digo es que quizá las bombas han sido enterradas en la misma base, y alguien esperará

un momento oportuno para retirarlas.

—Ese momento puede tardar diez años.

—¿Y qué?

Se quedaron mirándose los dos, mientras Simón miraba de uno a otra. Por fin, Harriman soltó un bufido.

—Señorita Montfort, es muy posible que mi mente le parezca a usted demasiado simple, pero creo que debemos buscar esas dos bombas fuera de la base, no dentro.

—Estoy de acuerdo con usted, general. Yo las buscaré por fuera. Mientras tanto, sería conveniente que ustedes se mirasen bien los bolsillos. Un compañero del periódico en el que trabajo, siempre está diciendo que ha perdido los lentes…, y siempre los lleva puestos, alzados hacia la frente. ¿Adónde puedo llamarle, si le necesito para consultarle algo?

—Mmm… Me alojaré en el hotel Capricornio. Es donde suelo hacerlo siempre que vengo a Viena por asuntos de rutina.

—Me parece perfecto. Está en la Schwedenplatz, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde estará usted?

La espía sonrió, como divertida.

—No creo que usted llegue a necesitarme a mí para nada, general.

—¿No quiere decirme dónde estará usted?

—No.

Donald Harriman parpadeó, asombrado. Por fin, encogió los hombros y puso una mano en la manilla de la portezuela.

—Le deseo buena suerte —refunfuñó…

—Muchas gracias. Y lo mismo digo.

Donald Harriman salió del coche, se fue al suyo y, segundos después, emprendía el regreso a Viena.

Seguía lloviendo, de nuevo con fuerza. Dentro del coche, la lluvia que caía sobre el techo parecía el redoble de un tambor gigantesco.

—Carambolas… —sonrió, de pronto, Simón—, ¡usted sí que sabe bajarle los humos a un general, Baby!

La divina también sonrió.

—Y eso a pesar de que no podía coordinar bien, debido al intenso dolor que siento en un tobillo.

La carcajada de Simón retumbó dentro del coche con más fuerza

que la insistente lluvia estival.

Capítulo II

La señorita Brigitte Montfort, por su parte, se instaló, por el momento, en el Vienna intercontinental, en el 28 de la Johannessgasse.

Aparentemente, lo conveniente habría sido que, desde Viena, se apresurase a desplazarse a la base de los silos donde habían sido robadas dos bombas atómicas, pero cada cual tiene su modo de trabajar.

Por ejemplo, la señorita Montfort había aprendido ya muy bien que todas las cosas tienen explicación, pero que esa explicación no se encuentra muchas veces por precipitación… Si hubiese desaparecido un microfilme con altísimos secretos militares, ella se habría puesto en marcha inmediatamente, habría mostrado una gran actividad. Por la sencilla razón de que un microfilme puede ser transportado de cualquier modo por cualquier persona, escondido en el más sorprendente de los sitios: dentro de un ojo de cristal, debajo de una uña de un pie, dentro de un zapato, en el forro de un libro…

Pero… ¿dos bombas atómicas? Absurdo.

—No… —musitó Brigitte, que estaba sentada en un sillón de su habitación, pensando—. No puede ser absurdo. Se las han llevado, eso es todo. Pero no pueden estar muy lejos.

Terminó el cigarrillo, y volvió a dedicar toda su atención a los planos de la base y la instalación de los silos, que había entendido perfectamente, así que no necesitaba para nada al quisquilloso general Harriman… Había dejado de llover, y por la ventana se veía un sol amarillo pálido, flojo y tristísimo, a pesar de que sólo eran las cinco de la tarde.

Veinte minutos más tarde, sonó la llamada a la puerta. Alzó vivamente la cabeza y miró hacia allí, con un brevísimo gesto de dureza en sus sonrosados labios. Rápidamente, escondió los planos

bajo uno de los almohadones del sofá, y del maletín sacó la pistolita con cachas de madreperla… La llamada volvió a repetirse.

Se acercó silenciosamente a la puerta, y se colocó a un lado, empuñando la pistola.

—¿Quién es?

—Simón. Abra, pronto.

La espía frunció el ceño. ¿Simón? Habían convenido claramente, según su norma, que todos los contactos se realizarían por medio de la radio de bolsillo. ¿Qué hacía allí Simón?

Manteniéndose a un lado de la puerta, la abrió, y retrocedió en seguida un par de pasos, apuntando la pistola hacia el hueco. Simón entró rápidamente, mirando primero a la derecha, y luego a la izquierda. Al ver la pistola que le apuntaba, ni siquiera parpadeó. Estaba pálido. Cerró la puerta, y se quedó mirando a Brigitte, que a su vez palideció, notando un intenso frío en las mejillas.

—¿Qué ocurre? —musitó, bajando la pistola.

—Ya sé que no debía estar aquí… Pero he venido a buscarla para llevarla adonde espera el helicóptero. Han matado a un compañero.

La palidez de Brigitte aumentó, bruscamente.

—¿Han matado a un Simón?

—Le han metido dos balas en la espalda. Eso ha ocurrido en Landshut, Alemania… Cerca de Munich, relativamente. Con el helicóptero podemos estar allá en hora y media.

Simón no preguntaba si ella quería ir allá. Por la sencilla razón de que sabía que era lo primero que quería hacer Baby. Ella no descansaría ya hasta haber encontrado al asesino de su compañero de la CIA. Siempre había sido así, siempre sería así.

Brigitte no hizo más preguntas. Y demostró que, cuando era necesario, podía ser rápida como una centella. En menos de un minuto, había recogido los planos, se había cambiado de ropa, y estaba de nuevo ante la puerta, con su maletín rojo con florecillas azules. Bajaron al vestíbulo, y ella entregó la llave, avisando de que quizá pasaría la noche fuera. Poco después, sentada en el coche junto a Simón, partía hacia donde esperaba el helicóptero, fuera de la ciudad. La hermosa y tranquila ciudad de Viena, a la que, en esta ocasión, la espía internacional no concedió el menor interés.

Estaban ya rodando por Wahringer Strasse, hacia el Norte,

cuando preguntó, de pronto:

—Se supone que Simón estaba ocupado en el asunto de las dos bombas atómicas, ¿no es así?

—Naturalmente. No creo que haya estos días en toda Europa un solo agente secreto que no esté dedicado a eso.

Brigitte asintió con la cabeza. Era lo lógico.

—¿Y a cuántos agentes han matado estos días? —musitó.

—Solamente al nuestro.

De nuevo asintió Brigitte con un gesto…

—Landshut está cerca de la base donde están los silos…

—Sí —asintió Simón.

—Bien. Estoy pensando que quizá deberíamos ponernos en contacto con nuestros compañeros de allá para indicarles que no hagan nada hasta que lleguemos. Preferiría…

—No están haciendo nada. Saben que usted está por aquí, y en cuanto la han localizado exactamente, han enviado el helicóptero, eso es todo.

—¿Cómo se llamaba nuestro compañero? —preguntó, alejando de su mente los recuerdos del pasado.

—James Dixman.

—¿Le conocía usted?

—Sí… ¡Sí, sí, sí, maldita sea, le conocía, sí!

Brigitte miró a Simón, y lo vio pálido y alterado, con las manos clavadas en el volante como si quisiera romperlo, triturarlo. Lo comprendía perfectamente, así que no preguntó nada más. Sí, comprendía perfectamente a Simón. No sólo se trataba del asesinato, por la espalda de un compañero, posiblemente un amigo, sino del significado de aquella muerte. Era un recordatorio de que dentro de un día, o dos, o cien, él mismo podía caer muerto, con tres balas en la espalda. Él y otros muchos como él…

—Creo que no he debido gritar —dijo Simón, de pronto, tras un profundo suspiro—. Lo siento.

Brigitte le miró con simpatía, un poco asombrada. ¿Por qué tenía que pedir disculpas? Era lógica su reacción. Lógica y estrictamente humana.

Salían de Viena poco después. Y debían ser cerca de las seis y cuarto cuando Simón detuvo el coche delante de un pequeño chalet que era una preciosidad, lleno de flores, rodeado de un prado verde

intenso. El sol estaba muy bajo, y adquiría ahora un tono rojizo, pero siempre como pasado por agua, flojo, tristón.

El espía se apeó, tras señalar hacia fuera del coche, y Brigitte le imitó. Simón cerró el coche, y señaló ahora hacia un camino que se alejaba de la casa hacia un bosquecillo de abetos. Metió las manos en los bolsillos, y comenzó a caminar. Brigitte se puso a su lado, caminando también hacia el bosquecillo.

Muy pronto oyó el inconfundible rumor de un helicóptero, que apareció sobre ellos segundos después, y comenzó a descender. Un minuto más tarde, estaba detenido sobre el verde prado. Brigitte y Simón llegaron al aparato, y lo abordaron. A los mandos había un hombre, que miró a Brigitte con expresión tensa, y, al mismo tiempo, intentando expresar admiración y afecto.

—Hubiese preferido conocerla en otras circunstancias —susurró Simón-Helicóptero.

Ella asintió, aceptó su mano y luego se sentó atrás. Lo mismo hizo Simón. El helicóptero se elevó.

Adiós, Viena.

* * *

Casi a las ocho, ya de noche, el helicóptero comenzó a perder altura. Debajo y enfrente se veían las luces de una ciudad, evidentemente poco importante.

—¿Landshut? —las señaló Brigitte.

—Sí. Ya hemos llegado.

Segundos después, debajo de ellos, todavía a buena distancia de Landshut, brillaron los faros de un coche. Simón-Helicóptero inició el descenso, verticalmente. Las luces de Landshut dejaron de verse, la oscuridad pareció tragarse el aparato. Cuando éste tocó tierra, el piloto volvió la cabeza, y Brigitte comprendió. Saltó al exterior, y Simón hizo lo mismo. El helicóptero reemprendió el vuelo, alejándose rápidamente. Hacía frío. Estaban en agosto, y hacía frío. ¿O sólo Brigitte Baby Montfort sentía frío, por dentro?

Los dos permanecieron en silencio, esperando. No por mucho tiempo, apenas un minuto. Apareció el coche, que se detuvo en el borde del camino. Brigitte y Simón fueron hacia allá. Ella pasó al asiento de atrás, sentándose junto a un hombre. Simón lo hizo

delante, junto al conductor, que, como el otro, estaba mirando a Baby. Es decir, a aquella mujer de largos cabellos, cuyo rostro veían como una mancha clara en la oscuridad.

Por todo saludo, el que estaba junto a Brigitte preguntó:

—¿Quiere verlo?

Ella asintió con la cabeza. El conductor reanudó la marcha, alejando el vehículo de aquel lugar. Sólo siete u ocho minutos después, detenía el coche delante de una vieja casa, en una de cuyas ventanas se veía luz. Apenas se había detenido el coche, la puerta de la solitaria casa se abrió, y apareció otro hombre, que alzó el brazo izquierdo.

—Sin novedad —dijo Simón-Conductor.

Se apearon los cuatro, y entraron en la casa. Brigitte se limitó a mirar con afecto al hombre que les había hecho la señal. Dentro había otro, que guardó la pistola al verlos. Era una casa que parecía abandonada, vieja, sucia, iluminada por bombillas, en cuyos hilos se veían telarañas, que llegaban hasta los rincones del techo. Lo deprimente del lugar y la situación llegó a su límite cuando entraron en un cuarto aún más sucio y lleno de telarañas. Había tanto polvo en la bombilla que ésta sólo proporcionaba la mitad de su capacidad de iluminación.

Pero era suficiente.

Suficiente.

En una caja, hecha con simples tablones, estaba James Dixman, tendido boca arriba, con las manos cruzadas sobre el vientre. Brigitte dejó su maletín en el suelo, y se acercó, despacio. Se quedó mirando las crispadas y lívidas facciones del asesinado agente de la CIA. ¿Treinta años? ¿Treinta y cinco, quizá? Tenía la barbilla saliente, sólida, agresiva. Había sido un hombre atractivo, fuerte, atlético. Ahora, ya no era nada.

El silencio era terrible.

Brigitte pasó los dedos por el helado rostro del espía, que parecía de cera. Sí, de cera fría. ¡Dios…! Seis horas antes, aquel hombre había estado caliente, lleno de vida. Ahora, era sólo un…, un cuerpo de cera fría. Brigitte retrocedió un par de pasos, y se pasó las manos por la cara, lentamente. También ella estaba fría. Muy fría.

—Está bien… —musitó—. ¿Tenemos preparado el traslado?

—Hay una camioneta detrás de la casa. Si usted no prefiere otro sistema, lo vamos a llevar a la base, precisamente, para que desde allí lo envíen en el primer transporte aéreo a Estados Unidos.

Se volvió a mirar al Simón que había hablado.

—Supongo que está bien así…: No creo que él proteste. ¿Cuántos somos por aquí?

—Siete. Pero no haremos falta tantos.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos localizado al asesino.

Los ojos de Baby mostraron su sorpresa, al dilatarse ligeramente.

—¿Ya? —exclamó.

—Ya. Es un alemán llamado Hans Klauberg. Hace tiempo perteneció al servicio, secreto alemán, al BND. Se retiró, pero de cuando en cuando le hacíamos objeto de una semana de control. Al parecer, no se dedicaba ya a nuestras actividades. Al pasar esto de las bombas, naturalmente nos hemos movido en todas direcciones… Dixman se dedicó a fisgar un poco las últimas actividades de Hans Klauberg. Y éste ha sido el resultado.

—No podemos estar seguros de que ha sido Klauberg sólo por eso, Simón.

—¿Quién, si no? —Gruñó el espía.

—Eso implicaría que Hans Klauberg ha tenido algo que ver con el robo de las dos bombas atómicas.

—¿Y por qué no?

Brigitte quedó pensativa. Buena pregunta: ¿por qué no? Alguien había robado las bombas. ¿Por qué no Hans Klauberg, formando parte del grupo? Por supuesto, tenía que ser un grupo. Y muy importante. Un hombre solo no puede llevarse dos bombas atómicas.

—Está bien. Supongo que lo tenemos vigilado.

—Naturalmente. Y si no la hubiésemos estado esperando a usted, ya estaría muerto.

—Me imagino que antes le habrían interrogado.

—Eso he querido decir. ¿Qué hacemos?

Baby miró al espía. Era evidente que estaba de pésimo humor, y que la presencia de ella, que normalmente le habría ocasionado una gran alegría, lo tenía un tanto impaciente, pues sabía que significaba que había dejado de tener el mando, que ya no era él

quien podía tomar las decisiones, sino Baby. Esta era una orden dimanada de la central de la CIA hacía años… y nadie la había desobedecido jamás.

—¿Qué sugiere usted que hagamos? —preguntó Brigitte.

—Ya se lo he dicho: vamos por él, hagámosle pedazos para que nos diga lo que sabe, y luego cortémosle la cabeza.

Brigitte movió la cabeza.

—Creo que será mejor que nos tranquilicemos todos, Simón. Espero que se dé cuenta de que un grupo u organización capaz de robarle dos bombas atómicas a la OTAN debe tener previstas todas las contingencias.

—De acuerdo. Pero no vamos a quedarnos aquí sentados, supongo.

—¿Y por qué no? —Le devolvió Brigitte el interrogante.

Y se sentó sobre una silla llena de polvo, que crujió bajo su leve peso. Los agentes de la CIA cambiaron miradas. De pronto, el que hasta entonces había ostentado la jefatura se acercó a Brigitte, y sacó su paquete de cigarrillos.

—¿Quiere uno? —ofreció.

—Sí, gracias.

Simón le dio fuego, mirándola atentamente. Luego, miró un instante hacia la caja con el cadáver.

—¿Lo enviamos a la base?

—Sí, por favor.

La única que no colaboró en la colocación de la caja en la camioneta fue Brigitte, que permaneció fumando, como ajena a esta labor; como si no estuviese allí. En cinco minutos, la camioneta estuvo cargada, y Simón-Viena regresó al cuarto donde Baby había quedado sola, fumando.

—Todo está listo.

Brigitte le miró. Dejó caer la punta del cigarrillo, la aplastó con un pie y se incorporó. Salió de la casa, ante la cual estaba la camioneta, y junto a ella los otros cuatro agentes de la CIA. Baby señaló a los dos agentes que habían estado hasta entonces custodiando el cadáver.

—Llévenselo. Luego, regresen inmediatamente aquí, y esperen. Eso es todo.

La camioneta partió pocos segundos después. De nuevo todo

quedó silencioso, hasta que la espía murmuró:

—¿Dónde está ahora Klauberg?

—En su casa. En el 38 de Bandtstrasse. En Landshut, desde luego. Dos de los nuestros le están vigilando.

—Vamos a Landshut —señaló Brigitte el coche.

Capítulo III

Eran casi las nueve y media de la noche cuando, por encima de los sonidos del programa de televisión, *herr* y *frau* Klauberg oyeron el timbre, de la puerta. *Frau* Klauberg volvió la cabeza hacia la puerta de la salita, mientras *herr* Klauberg, frunciendo el ceño, echaba un vistazo a su reloj de pulsera.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella.

—No. Y es tarde ya.

—Bueno, pero si han llamado…

—Yo iré… —Se puso en pie Hans Klauberg—. Será menos aburrido que el programa.

—De ninguna manera… —Se puso también en pie, vivamente, su esposa—. Quédate donde estás, querido.

Hans Klauberg encogió los hombros, y volvió a sentarse. Era cierto que le aburría el programa de televisión… Seguramente, porque no podía concentrarse en él, debido a la preocupación, a la tensión que sufría. Todavía le parecía sentir en su mano la vibración de la pistola en el momento de disparar contra aquel hombre… Estaba arrepentido. Arrepentidísimo, ésa era la verdad. ¿Por qué había tenido que complicarse la vida? Se había retirado hacía tiempo, disponía de una aceptable renta vitalicia, y en aquellos momentos, como en los últimos años anteriores, debería estar en España, en la costa del Sol, pasando el verano. Un auténtico verano, lleno de sol ardiente, de auténtico sol. Había un pueblo, al norte de la Costa del Sol, al que llamaban «la sartén de Andalucía»… No recordaba el nombre del pueblo, pero sí lo que había oído de él el año anterior: el calor era tal que si se echaba un huevo sobre la plancha de un coche, el huevo quedaba cocido en pocos segundos. ¡Qué barbaridad…!

Oyó las voces, en alemán, y volvió la cabeza. Las dos voces eran femeninas; por supuesto, conocía la de su esposa, pero no la de la

otra mujer…

Al verla, Hans Klauberg se puso en pie, instintivamente, despacio, sin poder apartar la mirada de la muchacha rubia de ojos verdes. En realidad, a sus cincuenta y seis años, Klauberg había dejado de ser un mujeriego y, en este sentido, se tomaba la vida con mucha calma. Pero aquella muchacha era absolutamente excepcional…

En la puerta de la salita, *frau* Klauberg, que por supuesto ya no era bonita ni joven, miraba con cierta animosidad a su marido, mientras indicaba a la muchacha.

—*Fraulein* Schenk… —presentó—. Pregunta por ti.

Klauberg se apartó del sillón, caminando hacia las dos mujeres, alzando las cejas con gesto interrogante.

—Encantado… —musitó—. ¿Me conoce usted, *fraulein* Schenk?

—Personalmente, no —sonrió ella, ofreciendo su mano derecha, mientras la izquierda balanceaba suavemente el maletín rojo con florecillas azules—. Pero se me ha ordenado efectuar un contacto con usted, *herr* Klauberg.

Hans quedó como petrificado, sosteniendo la fina mano femenina. Por fin, la soltó, lentamente. Aquel modo de hablar… Bueno, la bella *fraulein* hablaba el alemán perfectamente, normalmente, pero aquella palabra…

—¿Contacto conmigo? —murmuró.

—Así es.

—Bien… Entiendo que la envía alguien. ¿Quién?

—Un nombre propio no le diría nada. Pero usted entenderá si le digo que actualmente yo trabajo en una empresa en la que usted prestó sus inestimables servicios durante bastante tiempo. ¿Podemos hablar… a solas, por favor?

Hans Klauberg había entendido a la perfección, y su mirada permanecía intensamente fija en los verdes ojos de la joven… ¿Una espía? ¿Aquella muchacha era una espía? Bien, no tenía por qué sorprenderse demasiado por esto. Pero sí por el hecho de que la enviasen a hablar con él. Hablar…, ¿de qué? Todo había terminado hacía tiempo entre él y la BND. Y de pronto, Hans Klauberg notó un ramalazo de frío, que recorrió todo su cuerpo, veloz como un relámpago. ¿Se había enterado la BND de qué él había vuelto a las andadas… particularmente? ¿Se había enterado de que había

matado a un hombre que le vigilaba? ¿Ya se habían enterado?

Señaló uno de los sillones.

—Siéntese, *fraulein* Schenk —susurró—. Y diga lo que tenga que decir: sea lo que sea, mi esposa puede saberlo.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—¿Realmente? ¿Puedo hablar con toda libertad?

—Sí… Sí.

Fraulein Schenk miró a *frau* Klauberg, que a su vez la miraba con clara animosidad. Lo cual no la favorecía en absoluto… Anna Klauberg tenía el rostro demasiado cuadrado y sólido, y eso que en la dulzura de la juventud podía haber pasado un tanto desapercibido, se notaba ahora demasiado; sobre todo cuando la mujer estaba enojada. Era un rostro grande y fuerte, como sus manos, como todo su corpachón, que también había perdido las líneas dulces de la juventud. A los cincuenta y dos años, *frau* Klauberg era como una sólida pieza maciza, cuyo único encanto se podía encontrar, quizá, en el bonito color violáceo de sus ojos.

—De acuerdo —dijo por fin *fraulein* Schenk—. Hablaremos aquí mismo.

Se sentó en el sillón. *Frau* Klauberg lo hizo en el extremo del sofá, mientras su marido volvía a dejarse caer en el sillón que había estado ocupando hasta entonces. Apenas se había sentado, hizo el gesto de incorporarse, para apagar el televisor, pero la joven rubia se lo impidió.

—Déjelo, *herr* Klauberg. Así nos sentiremos más acompañados.

—Como guste… —Klauberg se pasó una mano por la boca—. ¿Qué tiene usted que decirme?

—Usted ha matado esta tarde a un agente de la CIA, *herr* Klauberg. ¿Por qué?

Marido y mujer palidecieron. Hans quedó petrificado, mientras su mujer conseguía reaccionar en seguida; para mirarlo vivamente.

—¡Hans! —exclamó.

Klauberg consiguió reaccionar rápidamente también: Miró a su esposa.

—Cálmate… —dijo con voz ronca—. No ha pasado nada. Sin duda alguna, *fraulein* Schenk está cometiendo un gran error…

—No —negó la Schenk—. Pero si usted pretende que perdamos

el tiempo en estupideces, le diré que dispongo de toda la noche. De todo el tiempo que sea necesario, *herr* Klauberg. Repetiré la pregunta: ¿por qué ha matado usted a un agente de la CIA?

—No, no… Usted no sabe lo que dice, *fraulein*. Yo no he mat…

—El agente en cuestión se llamaba James Dixman. ¿Sabía usted esto?

—¡Le digo que no he matado a nadie!

—¿No sabía que era agente de la CIA?

—¡No sé nada de lo que usted está mencionando!

—Por favor, no grite, *herr* Klauberg. Me permito recordarle que, con el paso de los años, las personas como nosotros deben ir adquiriendo mayor control de sí mismos, no perdiendo el que se ha tenido de joven. Hablemos del agente americano James Dixman. Seguramente, debido al asunto de las dos bombas atómicas que han robado a la OTAN, ese agente estaba trabajando activamente. Y usted lo ha matado. ¿Por qué? ¿Qué le importaba a usted que la CIA o nuestra propia empresa estuviese investigando eso?

—¡A mí no me importa nada de nada!

—¿No le importa que hayan robado dos bombas atómicas a la OTAN, en la propia Alemania?

—No… Bueno, no he querido decir eso… Sí, claro que me importa. Lo que quiero decir es que no me importa lo que hagan la CIA o los demás…

—Entonces, ¿por qué mató al americano?

—¡Yo no lo he matado!

Fraulein Schenk se quedó mirándole fijamente, con gesto más bien amable. Movió la cabeza, y casi sonrió.

—Empecemos de nuevo, *herr* Klauberg. Dice usted que no ha matado al americano James Dixman. Muy bien. Pero… ¿sabía que él estaba tras sus pasos, que le vigilaba a usted?

—¿Por qué habría de vigilarme a mí uno de la CIA?

—Esa es la pregunta que se están haciendo en Bonn, *herr* Klauberg. ¿Por qué?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa?

—Tiene que saber algo. De otro modo, el agente de la CIA no le habría estado vigilando, ni usted se habría visto obligado a matarle.

—¡No le he matado! ¡No he matado a nadie! ¡No tengo nada que ver con todo esto que está pasando!

Fraulein Schenk alzó las cejas, «sorprendida».

—¿Qué es lo que está pasando, *herr* Klauberg?

—¡Lo que sea! ¡Eso del robo de las bombas! ¡Hace años que me retiré, y usted debe saberlo muy bien!

—Lo sé, en efecto. Pero hace algunos años un hombre, un hombre mayor que usted, me demostró que un espía es siempre un espía, por encima de todo, pase lo que pase. Usted fue un espía, *herr* Klauberg; luego, continúa siendo espía; continuará siendo espía hasta su último segundo de vida. Sin embargo, no está ahora trabajando para la BND, eso es ciertísimo. Entonces…, ¿para quién trabaja usted? ¿Qué clase de… trabajillo está haciendo ahora? ¿Es algo particular, quizá? Si es algo particular, debe ser importantísimo para que se haya decidido a matar a un hombre de la CIA. Con cuya muerte, se ha metido usted en un buen lío, sin duda alguna. Un lío tan grande, *herr* Klauberg, que quizá no pueda salir con bien de él, ni siquiera contando con nuestra ayuda. ¿Sabe usted que los de la CIA están buscando, en masa, al asesino de James Dixman? Al menos, lo habrá supuesto, ¿no es así? Y entonces, ¿qué piensa hacer? ¿Esconderse? ¿Huir? ¿Esperar que vengan a ejecutarlo? Y todo eso, cualquiera que sea su decisión…, ¿a cambio, de qué, Hans? ¿En qué está trabajando ahora… por su cuenta o por cuenta ajena?

Hans Klauberg miraba a *fraulein* Schenk con ojos desorbitados, crispada la boca, pálidas las facciones, que se estiraban con el gesto. De pronto, se relajó, completamente, quedando como una masa inerte en el sillón.

—¿Qué puedo hacer? —jadeó.

—Intentaremos solucionar el problema. Pero no yo, sino personal más capacitado. Por lo que a mí respecta, de momento sólo tengo órdenes de conseguir de usted una explicación completa de los motivos por los que ha matado a un hombre de la CIA. En cuanto este informe llegue a Bonn, se estudiará la posibilidad de un arreglo con los americanos. ¿Está de acuerdo, Hans?

—Sí… Sí.

—Entonces admite, por fin, que mató a James Dixman.

—Ni siquiera sabía su nombre… Sí, lo maté.

Fraulein Schenk se quedó mirando fijamente a Klauberg, sin hacer caso del respingo de la esposa de éste.

—¿Por qué?

—No lo sé… Me puse nervioso porque me vigilaba.

—Dios… —gimió la rubia—. ¡Se puso nervioso! ¿A cuántos agentes secretos de otros países ha matado usted porque se ha puesto nervioso, Hans?

—A ninguno… ¡A ninguno! Hace años, tenía otros recursos, pero hoy… No sé. ¡No se me ocurrió otra cosa!

—¿Es el primer hombre que ha matado?

—Claro que no —se sorprendió Klauberg—. Pero las otras veces fue distinto. Se trataba de matar o morir, o de cuestiones… importantes. Usted… está empezando ahora, seguramente. Ha empezado en la profesión cuando las cosas son fáciles, *fraulein* Schenk. En los momentos actuales, se puede trabajar con menos riesgo, hay un… una especie de acuerdo tácito para respetar vidas. Antes era muy diferente.

—Y usted actuó como antes.

—Sí. Con motivo. Si todavía estuviese en activo, habría pasado el informe de que me vigilaban. Pero ya no estoy en activo, y tengo que valerme por mí mismo. Además, en las actuales circunstancias, no podía permitirme soportar una vigilancia.

—¿Eso quiere decir que está trabajando en algo, por su cuenta?

—¿Por mi cuenta? No… No exactamente. Me han alquilado.

—Lo han… ¿qué?

—Alquilado… ¡Alquilado, lo he dicho bien claro!

—Cálmese. ¿Qué significa eso de que lo han alquilado? ¿Quiere decir que ahora está trabajando para alguien?

—No. Sólo me han alquilado para una operación. No se trata de un contrato fijo: sólo estoy alquilado.

—¿Cuál es la operación para la que lo han alquilado?

—No lo sé aún. Hace un par de semanas, me llamaron por teléfono aquí, y me dijeron que sabían quién era yo…, mejor dicho, me hicieron comprender que sabían que me había dedicado al espionaje. Me ofrecieron un trabajo, sólo uno. Lo rechacé, pero insistieron, y me dijeron que me pagarían por él cien mil dólares. Cuando oí esto, la codicia pudo más que nada. Por otra parte, no sé si usted lo entenderá, pero… empezaba a sentirme viejo e inútil. Supongo que todo influyó.

—Así que aceptó. ¿Quién lo alquiló, Hans?

—Bueno, ése fue otro de los factores que me impulsaron a aceptar: un árabe.

—No comprendo.

—Pensé que si era un árabe quien estaba preparando algo, podría tratarse muy bien de alguna acción contra Israel, y eso me pareció muy satisfactorio. Jamás me han gustado los judíos.

Fraulein Schenk apretó un instante los labios.

—Ahora sí entiendo —dijo fríamente—. El aburrimiento, cien mil dólares, y la posibilidad de perjudicar en alguna manera a los israelitas, le impulsaron a aceptar. Está bien. ¿Quién es ese árabe y dónde está?

—Dijo llamarse Mourka. No sé dónde está ahora. Cuando le dije que aceptaba, me dijo que nos veríamos en Ingoldstadt dos días más tarde, en el Rhin Hotel, y que concretaríamos el asunto. Fui allá y, en efecto, me estaba esperando. Me dio diez mil dólares como anticipo.

—Pero no le dijo lo que tendría que hacer usted para cumplir su contrato de alquiler.

—No. Todavía no. Dentro de dos días tengo que estar en Atenas… Mejor dicho, en un bar de El Pireo, llamado Panakitekos.

—¿Ya tiene el pasaje?

—Claro que sí.

—Según entiendo, hasta dentro de dos días usted no tiene idea de cómo ni dónde encontrar a Mourka.

—No.

—¿Habían más hombres como usted en el Rhin Hotel?

—No. Pero, por lo que dijo el árabe, sé que estaba contratando a bastantes hombres. Tengo la impresión de que pretende reunirnos a todos en El Pireo.

—Ya. Hablemos de las bombas atómicas que han robado a la OTAN. ¿Ustedes no han tenido nada que ver con eso?

—¡Claro que no! Al menos, que yo sepa.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, yo le pregunté a Mourka de qué se trataba, naturalmente, pero no quiso decírmelo. Todo lo que dijo, riendo, fue que, dentro de muy poco, el mundo iba a quedar pasmado ante determinado hecho. Insistí un poco, pero no pude sacarle nada más.

—El mundo ha quedado pasmado ante el robo de dos bombas a

la OTAN, Hans.

—Sí, lo sé. En realidad, sospecho que quizá sea eso a lo que Mourka se refería. Pero, desde luego, yo no he intervenido en el asunto. No sé los demás…, quiero decir los demás que supongo también ha estado alquilando Mourka.

—Si no ha intervenido en eso, ni en ninguna otra cosa desde hace tiempo…, ¿por qué se puso tan nervioso al ser sometido a vigilancia por la CIA? ¿Sólo porque estaba alquilado, porque tenía algo que hacer, que le iba a reportar cien mil dólares?

—Sí. Temí que no podría tomar el avión para Atenas.

—¿Y eso decidió la muerte de un hombre?

Hans Klauberg se pasó la lengua por los labios.

—Sí… Sí, eso fue.

—¿Tiene algo más que decirme, Hans?

—No. ¿Qué va a pasar ahora…, conmigo?

Fraulein Schenk se quedó mirando el programa de televisión, pero era obvio que no lo veía. Sus ojos parecían agrandarse, fijos en la pantalla, mientras los Klauberg la contemplaban, anhelantes.

—Como le he dicho —habló de pronto la rubia, mirando de nuevo a Klauberg—, yo no soy quien para tomar decisiones, de modo que tendré que regresar inmediatamente a Bonn, con el informe que usted me ha facilitado.

—¿Qué hago yo mientras tanto?

—Esperar. Sólo eso. Dispongo de un helicóptero, de modo que espero llegar a Bonn en unas tres horas… Al menos, ése es el tiempo que he invertido en venir. Veamos, son las… —Miró su relojito de pulsera— diez menos cinco. Llegaré a la una, aproximadamente. Incluso, para ahorrar tiempo, puedo presentar el informe verbalmente en primera instancia. Serán las dos, entonces. Tienen que tomar una decisión, cosa que quizá no puedan hacer a esas horas de la madrugada… No sé. Hagamos una cosa, Hans: simplemente, espere aquí, y yo haré lo posible para que, teniendo en cuenta sus especiales circunstancias, los trámites sean acelerados. ¿De acuerdo?

—Claro… Claro, sí.

—No salga de casa hasta nuevo aviso. No llame por teléfono a nadie…, pero si le llaman a usted, conteste. Todo tiene que parecer normal. Si fuese Mourka quien le llamase, dígale que todo va bien,

que estará en El Pireo pasado mañana. Tranquilo, ¿comprende?

—Sí, sí.

—¿Puedo confiar en que no volverá a perder los nervios? ¿Puedo confiar en que su esposa sabrá estar a la altura de la situación? —Miró a Anna—. ¿Podrá usted hacer vida normal, *frau* Klauberg?

Los dos estaban asintiendo con la cabeza, esperanzados. *Fraulein* Schenk se puso en pie, y los dos la imitaron, pero ella hizo un gesto.

—Sigan viendo la televisión. Hasta pronto.

Los dos se quedaron de pie, viéndola salir del saloncito. Segundos después, oían el batir de la puerta de la casa…

Afuera, *fraulein* Schenk estuvo tres o cuatro segundos ante la puerta, de espaldas, vacilante. Por fin, comenzó a alejarse, lentamente. Había caminado unos trescientos metros cuando el coche se detuvo junto a ella, con silencioso frenazo. *Fraulein* Schenk entró en la parte de atrás y miró al hombre que ocupaba el otro extremo del asiento.

—Necesito el helicóptero —dijo.

—¿Lo ha matado?

—No, Simón. Tenemos…

—¡No lo ha matado! ¿Por qué no? ¡Es un mald…!

—Sé lo que es. Pero he dicho que necesito el helicóptero inmediatamente. Y mientras me llevan adonde está, les diré lo que tienen que hacer ustedes durante mi ausencia.

Media hora más tarde *fraulein* Schenk emprendía el vuelo en el helicóptero sola manejando los mandos con toda naturalidad.

Capítulo IV

Pero no fue a Bonn.

Poco después de las doce de la noche el helicóptero se posaba sobre el césped que se extendía ante una gran mansión rodeada de flores y abetos, en pleno campo y bastante al sur de Bonn. *Fraulein* Schenk cerró el contacto, y saltó del aparato, dirigiéndose hacia la casa.

En ésta, solamente se veían dos luces. Una, en el gran pórtico. La otra, en una amplia ventana de la planta baja. Pero mientras la espía caminaba hacia la casa, la puerta de ésta se abrió, lanzando un rectángulo de luz hacia el césped y las flores, y recortando la silueta de un hombre, que se quedó inmóvil, esperando. Un hombre de más de metro, ochenta, ancho de hombros, atlético, de gran cabeza de noble corte, largos cabellos, que blanqueaban abundantemente en las sienes.

Cuando *fraulein* Schenk estuvo más cerca, el hombre acudió a su encuentro, sin prisas y, de pronto, abrió los brazos. *Fraulein* Schenk se cobijó en ellos, aceptando el abrazo en silencio, mientras el hombre murmuraba:

—Brigitte… ¡Brigitte, Brigitte…!

La apartó un poco y la besó en los labios, suavemente. *Fraulein* Schenk sonreía, dulcemente.

—Ni siquiera me has dejado sorprenderte un poco con este aspecto, Alexandria.

El barón Wilhem von Stenheil tomó entre sus grandes manos el rostro de la rubia espía, sonriendo con evidente júbilo.

—¡Qué tontería! —exclamó—. Estaba en el despacho, trabajando, cuando oigo llegar un helicóptero, y claro está miro por la ventana. Una mujer salta del helicóptero, y camina hacia la casa… Ya no necesito más: sólo con verte caminar sé quién viene a visitarme…

—Sigues teniendo buena vista —rió Brigitte Montfort—. Y, naturalmente, no me sorprende, en uno de los mejores espías del mundo. ¿Cómo le van las cosas al temible Alexandria?

—El temible Alexandria va a cumplir pronto sesenta años, y ya no es temible en nada. De todos modos, las cosas me van bien: sigo viviendo.

Brigitte se quedó mirando aquel rostro hermoso y viril, tostado por el sol, lo cual se apreciaba incluso teniendo Von Stenheil la luz de la casa detrás. También brillaban sus blancos cabellos de las sienes, y sus ojos intensamente negros, grandes, de expresión inteligente…

—Oh, Dios mío… —gimió cómicamente Brigitte—. ¡Sesenta años ya, Wilhem!

—En éstos momentos, veinte menos —sonrió él—. ¿Aceptas tomar champaña con un hombre de cuarenta años?

—Prefiero un hombre de sesenta, si es como tú. Wilhem, ¿no eres feliz?

—¿Hay alguien que sea verdaderamente feliz? Yo lo soy ahora, y es suficiente. Por lo demás, sigo viviendo, ocupado en mis pequeñas cosas, y convencido ya para siempre de que elegiste de un modo definitivo al hombre de tu vida. Un hombre que no soy yo… ¿Cómo está Número Uno?

—Espero que bien —musitó Brigitte, abrazándose a la cintura de Alexandria.

—Se está convirtiendo en un hombre importante —musitó—. Aunque no sé si le conviene, Brigitte. ¿Has hablado de esto con él?

—No. Uno me dirá lo que sea cuando haya tomado una decisión… ¿Por qué crees que no le conviene?

—Los espías no tienen por qué complicarse más la vida, introduciéndose en la vida política de un país…, aunque ese país sea nuevo, como ocurre con Malta. El nombre de Angelo Tomasini empieza a sonar… Si él sigue adelante, escalará altos puestos, de eso no me cabe la menor duda. Pero del sucio mundo del espionaje, Número Uno pasará al repugnante mundo de la política, en el que, cuando se presente algún problema, no podrá resolverlo con un golpe de genio, como hasta ahora… Y entonces él se sentirá triste, y perderá la esperanza por todo.

—¿Puedo decirle a Uno esto de tu parte?

—Sí.

Entraron en la casa. Alexandria llevó a Brigitte al despacho, donde estaba encendida la luz que la espía había visto al aterrizar. Sobre la amplia mesa, se veían muchos papeles y planos…

—Estaba tomando café —dijo él—, pero tengo un estómago lo bastante inteligente para aceptar el cambio por el champaña. Vuelvo en seguida.

Brigitte le sonrió, y él correspondió. Salió del despacho, cerrando la puerta. A poca distancia de la mesa, la agente Baby se quedó mirando los planos y documentos, durante unos segundos. De pronto, sonrió, y se sentó en el sofá.

Von Steinheil regresó apenas cinco minutos más tarde, portando una bandeja de plata, en la que se veían dos copas, un tarro de cristal conteniendo guindas, y una botella de «Perignon 55» cuyo aspecto no podía ser más frío. Brigitte la miró, y comentó:

—Tu frigorífico enfría muy rápidamente.

—Sabes muy bien que siempre tengo guindas y «Perignon» en él. Ni siquiera un frigorífico alemán puede enfriar así una botella de champaña en cinco minutos. ¿Estás buscando las bombas de la OTAN?

Brigitte no se sorprendió en absoluto.

—¿Tú también? —preguntó.

—Sí —Alexandria descorchó la botella, y señaló con la barbilla hacia la mesa—. No has debido privarte de curiosear en mis papeles.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho?

—Lo sé. Hay quien cree que los espías carecemos de lo que suele llamarse ética, pero lo creen así porque no conocen a determinados espías. ¿Cuándo has llegado?

—A París, ayer. A Víena, esta mañana. Luego, he volado a Landshut, donde me han matado a un Simón.

—Lo siento… —La miró vivamente Von Steinheil, luego miró las copas de champaña, ya llenas, y parpadeó—. No he debido ofrecerte champaña, pero no sabía…

—¿Qué más da? —susurró Brigitte— James Dixman está muerto, y tú eres un amigo querido que por fortuna está vivo…, lo cual merece el champaña.

—Dixman… —Alexandria movió la cabeza—. No, no me suena.

—¿Continúas prestando tus servicios como asesor en el servicio secreto alemán?

—¿Qué otra cosa podría hacer?

—Ninguna otra… —sonrió Brigitte levemente—. Supongo que es adecuado que hoy diga, por segunda vez, que un espía es siempre un espía. Hans Klauberg, ¿lo conoces?

Bebió un sorbo de champaña, y se quedó mirando a Wilhem von Steinheil, que también bebió y quedó pensativo unos segundos.

—Sí… Sí, Klauberg… Lo recuerdo, está retirado.

—Él es quien ha matado a James Dixman.

—Lo lamento. ¿Le has matado ya?

—No… Todavía no.

—Increíble. Bien, ¿quién eres ahora? —señaló Von Steinheil los rubios cabellos de la espía.

—*Fraulein* Schenk…, del BND.

—Ah.

Brigitte se quitó las lentillas de contacto y la peluca rubia. Ahuecó sus largos cabellos negros, mientras Alexandria la miraba con mal contenida emoción. Para disimular su turbación, volvió a servirle champaña. En el fondo, habría preferido que Brigitte continuase con su sencillo disfraz; recordarla, era doloroso; verla, era terrible…

—¿Has encontrado alguna solución?

Von Steinheil miró de nuevo a Brigitte, que señalaba hacia la mesa, hacia los documentos y planos.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero esas dos bombas deben estar en alguna parte. Mi opinión es que no pueden estar muy lejos. ¿Cuál es la tuya?

—No sé. Desde el primer momento estoy trabajando en esto, pero no se me ocurre nada. En realidad, es una cuestión que se aparta un poco de mi labor de asesoría, pero no podía negarme a colaborar. ¿Has visto los planos?

—No creo que haya un solo agente secreto en toda Europa que desconozca, en estos momentos, los planos de esa base… —sonrió irónicamente Brigitte—. Lo cual no puede sorprendernos a ti y a mí… ¿Has oído hablar de un árabe llamado Mourka?

—No.

—Creo que está mezclado en esto. Está alquilando espías.

—¿Alquilando?

—Hans Klauberg aceptó trabajar para él por cien mil dólares. Tiene que estar en El Pireo pasado mañana, en un bar llamado Panakitekos.

—¿Le vas a dejar llegar allí?

—Si tú colaboras conmigo, sí. Según Klauberg, Mourka se propone o se proponía algo que iba a dejar pasmado al mundo.

—Nada menos que al mundo… —sonrió secamente Von Steinheil—. Ahí tenemos a un hombre ambicioso. Sin embargo, espero que te hayas dado cuenta de la… dificultad, por no decir imposibilidad de que ese Mourka, por muchos hombres que tenga a sus órdenes, haya podido sacar dos bombas atómicas de un silo de la OTAN. Es absurdo. Llevo días estudiando el asunto, y he llegado a una conclusión. Supongamos que tú, yo, Número Uno, John Pearson… y cien espías más de nuestra categoría, se propusiesen sacar ésas dos bombas de una base como la que nos ocupa. ¿Crees que lo conseguiríamos?

—Quizá. Pero sería con un golpe de fuerza, no sin que nadie se diese cuenta.

—Exacto. Entonces sólo hay tres soluciones…

—¿Todavía sigues siendo amigo de John Pearson? —sonrió, de pronto, Brigitte.

—¿Por que no? Su padre y yo nos estuvimos zurrando por el norte de África, pero eso no significa nada. Fantasma es uno de los espías que me gustan.

—Le vi hace poco, en Londres. Un feo asunto… Lo menciono porque sé que una de tus soluciones será ésa: un traidor.

—Sí.

—Déjame que sea yo quien exponga esas tres soluciones. Una: esas dos bombas jamás han existido. Dos: han existido y existen, ciertamente, pero continúan dentro del silo. Tres: si han sido sacadas de modo tan misterioso, ha tenido que ser con la colaboración de alguien de dentro de la base. ¿Se te ocurre alguna más?

—No —sonrió Von Steinheil.

—Entonces, si te parece, vamos a analizar el asunto con toda parsimonia y luego, si te parece bien, harás algo por mí. Si no estás de acuerdo, dímelo, simplemente.

Wilhem von Steinheil tomó una mano de Brigitte, y la besó, suavemente, susurrando:
—Sabes muy bien que lo haré.

* * *

Alrededor de las diez de la mañana, soñó el timbre en la puerta de la casa. *Frau* Klauberg estaba todavía en bata, y su marido, en mangas de camisa, leía el periódico, sentado en su sillón favorito del saloncito…
Los dos se encontraron en el vestíbulo, y se miraron con honda preocupación.
—Yo abriré… —dijo Hans, con voz tensa—. Vuelve a la cocina.
Fue hacia la puerta, aspiró profundamente y abrió. Tuvo que alzar la cabeza para mirar el rostro del visitante. Y cuando vio aquellos negrísimos ojos fijos en los suyos, Hans Klauberg notó una corriente de frío en la espalda. Y hacía un hermoso día… El sol se reflejaba en las plateadas sienes del visitante.
—¿Qué desea? —pudo preguntar Hans.
—¿Klauberg?
—Sí… Sí.
—¿Está solo en la casa?
—Está mi mujer… ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?
—Seguramente, le interesará saber que hemos tomado una decisión sobre el informe que nos presentó anoche Erika… Me refiero a *fraulein* Schenk. Acabo de llegar de Bonn.
—Pase… —jadeó Klauberg—. ¡Pase!
—Gracias.
El hombre de las sienes plateadas y rostro bronceado entró en la casa. Hans Klauberg cerró la puerta, y señaló hacia el saloncito.
—Mi mujer está preparando café… Iré…, iré a decirle que sirva otra taza…
—Lo que tiene que decirle a su mujer, Klauberg, es que se quede en la cocina. ¿Lo entiende?
—¿No quiere que lo vea?
—Preferiría que no.
—Sí, entiendo… Iré a decirle que se quede allí, sí.
Wilhem von Steinheil pasó al saloncito, y Klauberg corrió hacia

la cocina. Cuando regresó al saloncito, el visitante permanecía de pie, contemplando uno de los cuadros. Se volvió al oírlo, y; señaló uno de los sillones… Hans Klauberg se sentó, con las piernas juntas, las manos sobre las rodillas… Estaba aterrado. Sencillamente aterrado, porque comprendía que el hombre que tenía ante él tenía que ser «alguien»… Alguien importantísimo en la NBD, sin duda alguna.

—Vamos a ir directos al asunto, Klauberg. Una de las… soluciones propuestas en la reunión urgente de esta madrugada, ha sido desentendernos de usted, puesto que ya no pertenece al servicio, y dejar que se las arregle como pueda con los americanos, que están pesadísimos. Pero, por suerte para usted, esa solución fue desechada muy pronto. En definitiva, hemos decidido ayudarle.

—Gracias… ¡Gracias! Comprendo que…

—Déjeme hablar a mí. Nosotros vamos a ocuparnos de los americanos… Les vamos a proporcionar una pista falsa, que los alejará de usted, y, más adelante, en alguna de las reuniones de alto nivel, intentaremos encontrar el modo de explicar lo sucedido. Pero todo esto está basado en que usted colabore.

—¡Haré lo que me ordenen! —exclamó Klauberg.

—De acuerdo. En realidad, es muy simple: todo lo que tiene que hacer es acudir a esa cita en El Pireo, y ponerse a las órdenes de Mourka, dejándose llevar por los acontecimientos. Por nuestra parte, nos ocuparemos de controlar la situación desde el exterior, alejados de usted, aunque en determinado momento es posible que busquemos el contacto.

—Sí, sí, entiendo, bien.

—Un último detalle: llegue hasta el límite del riesgo razonable para enterarse de si Mourka tiene las dos bombas atómicas de la OTAN, o si en algún modo ha tenido algo que ver con eso.

—Lo haré.

Wilhem von Steinheil quedó pensativo unos segundos. Por fin, movió, la cabeza negativamente.

—Creo que esto es todo. ¿Cuál es su vuelo para Atenas?

—El 509 de la TWA, mañana.

—Bien. No haga nada especial hasta el momento de partir, y salga lo menos posible de casa. Incluso, si no es imprescindible, no salga. Y, desde luego, si se tropieza con los americanos, no empeore

las cosas; déjese atrapar y espere. De todos modos, como le he dicho, vamos a procurar alejarlos de usted, es decir, de estos lugares, si es que hay alguno. Adiós, Klauberg.

Hans Klauberg se puso en pie, sonriendo nerviosamente. ¿Eso era todo? Había temido algo mucho peor. Muchísimo peor, hasta el punto de que aquella noche apenas había podido dormir. Pero, a fin de cuentas, él era alemán, y la NBD, para la cual había prestado servicios más o menos importantes, estaba reaccionando con lógica al protegerlo, y al mismo tiempo intentando obtener fruto de la situación.

—Le acompañaré… —se ofreció—. Supongamos que todo termina bien para mí, y que me pagan los noventa mil dólares restantes. ¿Podré quedármelos?

—Naturalmente.

Llegaron ante la puerta. Klauberg no sabía si tender la mano o no, pero su visitante no hizo el menor gesto en este sentido, así que abrió la puerta.

Segundos después, la cerraba tras las amplias espaldas de Von Steinheil y, pálido de alegría, corría hacia la cocina para darle la buena noticia a su esposa: ¡le iban a ayudar!

Mientras tanto, Wilhem von Steinheil llegaba adonde le esperaba un coche, con un hombre al volante. Se sentó en el asiento de atrás, sin decir palabra. Tampoco dijo nada el americano encargado de conducir el coche. Lo puso en marcha, y partió.

Veinte minutos más tarde, lo detenía delante de la vieja casa polvorienta, evidentemente abandonada. Se apearon los dos, y fueron hacia la casa, cuya puerta abrió otro hombre. Dentro, en lo que había sido comedor y salita, Baby esperaba, de pie en el centro de la pieza. Cerca de ella había tres americanos más, dos de los cuales habían regresado de la base de la OTAN, tras dejar la caja que contenía el cadáver de James Dixman.

Baby se acercó a Von Steinheil, y le besó en ambas mejillas.

—Gracias.

—Está muy asustado. O lo estaba, al menos.

—Estoy segura de que nadie podría haberlo hecho mejor que tú. Naturalmente, ha aceptado.

—Claro. Bien —Alexandria miró su reloj—, si debo seguir colaborando contigo, será mejor que me marche ya.

—Deberías aceptar nuestro helicóptero. Yo me las arreglaría para llegar a Viena en coche. No tengo prisa.

—No, no. Bastará que uno de tus compañeros me lleve a Munich, y allá tomaré el avión a Bonn. El vuelo de Klauberg es el 509 de la TWA.

Brigitte Montfort asintió con la cabeza, sin dejar de mirar fijamente al espía alemán. Éste sonrió de pronto, le tomó el rostro entre las manos y la besó en los labios, de aquel modo ligero y cariñoso. Luego, dio media vuela y salió, sin más. Brigitte miró al Simón que había conducido hasta allí a Alexandria, y le hizo una seña. Simón salió tras el alemán, para llevarlo en coche hasta Munich.

Cuando dejó de oírse el motor del coche, Baby señaló hacia el exterior.

—¿Cuál de ustedes me lleva a Viena, en el helicóptero?

* * *

A las cinco de la tarde, el general Donald Harriman, por supuesto vestido de paisano, paseaba por los jardines frontales del Palais Schwarzenberg, de Viena. A esa hora en punto, vio aparecer a Brigitte Montfort, caminando decididamente hacia él, portando en su mano izquierda el maletín rojo con florecillas azules. El general americano se quedó mirándola con fijeza, impresionado por la belleza elegante y flexible del armonioso cuerpo femenino. Pero, más impresionado aún se sintió al ver la azul mirada de nítida inteligencia fija en él.

—¿Alguna contrariedad, general? —preguntó ella, al detenerse ante él.

—No… Claro que no: ninguna. ¿Por qué me ha citado en este lugar?

La divina espía sonrió, divertida.

—Me pareció más discreto que visitarle en el hotel. Nunca se sabe lo que podrían haber pensado los empleados de allá, que conocen al muy serio general Harriman.

—De acuerdo —sonrió éste—. ¿Qué ocurre?

Brigitte abrió el maletín, y sacó el sobre con los planos de la base, devolviéndolos a Harriman, que alzó las cejas.

—¿Ha terminado con ellos?

—Sí. Por lo que a mí respecta, puede usted regresar a Alemania cuando guste.

—Magnífico. Lo haré inmediatamente, desde luego. ¿Ha conseguido algo positivo?

—Con los planos, y después de mucho pensar y estudiarlos, me temo que no. Pero si más adelante necesito de su asesoramiento, se lo haré saber. Dígame una cosa, general: ¿esas bombas existían realmente…, y ya no están en el silo?

—Claro que sí —gruñó Harriman—. ¿A qué cree que estamos jugando? La OTAN no es ningún club de diversión.

—Tómese las cosas con calma. Debo suponer que están ustedes partiendo de la base de que esas bombas han sido robadas, con la colaboración de un traidor. ¿Cierto?

—Cierto.

Brigitte asintió con la cabeza.

—Bien. Voy a poner a dos de mis compañeros siempre cerca de usted; ignórelos, a menos que tenga algún mensaje que comunicarme. Yo me voy a Atenas.

—De acuerdo. Sólo una cosa más: no quisiera que sus compañeros estuviesen demasiado cerca… Quiero decir que podría resultar desagradable que se mostrasen demasiado visibles cerca de mí.

—No se preocupe por eso. Adiós, general.

—Adiós… —Harriman tendió la mano, un tanto vacilante—. No he pretendido en ningún momento ser descortés con usted, señorita Montfort. Si así ha sido, le ruego que me perdone.

—Está usted «perdonadísimo» —rió Brigitte.

Donald Harriman no pudo contener la sonrisa.

—Buen viaje —deseó.

—Lo mismo digo, general. Hasta la vista.

Capítulo V

Ante su vista se extendían las instalaciones portuarias de El Pireo, y más lejos, destacando en el mar de intenso azul, las siluetas de las numerosas islas frente a la costa. Llevaba allí, sentada en la terraza del bar Panakitekos, casi media hora, degustando lentamente un vodka con naranja. Por supuesto, ni era Brigitte Montfort ni era *fraulein* Schenk: era una mujer de clásica estampa norteamericana, vestida un tanto estrafalariamente, un poco gruesa, de vestido vulgar y horrendo. Llevaba lentes. Sus cabellos eran rubios, pero no precisamente bonitos, sino cortos y ásperos. Sus ojos tenían una tonalidad oscura, que contrastaba con la boca, intensamente pintada de un rojo brillante…

Más o menos, un espantapájaros gordo que se sostenía sobre unos zapatones de grueso tacón que aparecían bajo la larga falda. Cruzada sobre el generoso busto, tenía su cámara fotográfica, que no podía faltar a ningún turista. Sobre la mesita, a un lado, tenía un extraño maletín forrado en verde, con pésimo gusto.

En realidad, toda ella era de pésimo gusto. Algunos hombres la habían mirado, pero se habían apresurado a olvidarla. Por fortuna, había en Grecia mejores posibilidades que la que representaba una cuarentona gorda y, además, americana.

La cual consultó distraídamente su reloj. Según el horario de llegada del vuelo 509 de la TWA, debía hacer no menos de una hora que el avión había aterrizado. Lo cual quería decir que Hans Klauberg no podía tardar demasiado en aparecer por el Panakitekos.

Mientras tanto, la turista americana seguía mirando hacia el mar azul, las islas, las gaviotas… De cuando en cuando, sonreía al ver alguna bandada de estas últimas volando por encima de la terraza, muy bajas.

Había localizado, en la terraza del bar, por lo menos a siete

hombres cuya presencia allí era tan casual como la de ella misma; es decir, que no existía tal casualidad. Con su finísimo instinto, superdesarrollado después de tantos años de espionaje, Baby los había identificado como profesionales del espionaje. Y sabiendo lo que sabía, era fácil deducir que, casi con toda seguridad, aquellos siete hombres ya no estaban en activo.

El octavo, sí. El octavo, que permanecía sentado a una mesa estratégicamente situada (tanto que era la que habría elegido Baby, de haber llegado antes que el hombre), se dedicaba a escribir sosegadamente unas cuantas tarjetas postales, que iba amontonando ante él. Debía ser una persona con muchos amigos…, además de un espía ruso, por supuesto. Y en plena actividad. Le había calculado menos de cuarenta años; era alto, delgado, de aspecto tímido, que le confería un gran encanto, del que él no parecía darse cuenta. Un mechón de rubios cabellos caía sobre su frente, y se movía con el simple y levísimo movimiento que, al escribir, la mano imprimía al resto del cuerpo. Sus ojos eran claros; su boca, grande y delgada, de gesto amable y bondadoso. En su despejada frente se formaba de cuando en cuando una arruga de indecisión, de reflexión, cuando dejaba de escribir. En una ocasión, su mirada se había cruzado con la de la gorda turista americana, y en el acto una sonrisa había aparecido en los ojos del encantador personaje; en los ojos, no en los finos labios.

Con aquella simple sonrisa en los ojos, y su posición en la terraza, Baby había tenido suficiente: un profesional del espionaje. La pregunta era: ¿también había sido contratado por el árabe llamado Mourka?

Los otros siete, seguramente sí. Todos tenían más de cincuenta años, es decir, la edad aproximada de Hans Klauberg. Incluso había uno que había rebasado los sesenta. Siete, y Klauberg ocho… Ocho hombres. ¿Se disponía Mourka a pagar ochocientos mil dólares? Y por otra parte, ¿qué esperaba conseguir con aquellos hombres? Sin duda, debían ser todos inteligentes y astutos, pero sus condiciones físicas les excluían prácticamente de cualquier misión de acción.

Casi veinte minutos más tarde, llegó Hans Klauberg, en taxi, provisto de una pequeña maleta. Ocupó una mesa, dejó la maleta junto a sus pies, y pidió café. Luego, se dedicó a mirar alrededor, con aceptable indiferencia profesional. Los demás, a decir verdad,

tampoco lo estaban haciendo mal. Si Baby no hubiese sabido lo que sabía, posiblemente no le habría sido tan fácil identificarlos como espías.

Aún llegaron dos más, poco después que Klauberg. Para un observador atento, habría resultado un tanto sorprendente aquella concentración de hombres en la terraza del Panakitekos. Hombres solos, cada uno ocupando una mesa. A juicio de Baby, el último en llegar era también ruso. Alto y fuerte, de recio cuello, cejas espesas y grises, expresión adusta. También estaba «casi» segura de que había un francés, y un italiano. De los demás, no se atrevía a formar opinión ni juicio alguno…

Sin necesidad de mirar hacia el joven ruso, se dio cuenta de que éste la estaba mirando a ella, fijamente. Consiguió no desviar su mirada hacia él, y llamó al camarero. Cuando, después de pagar, Baby se dispuso a abandonar la terraza y miró «casualmente» hacia el joven ruso, tuvo que reprimir una sonrisa al captar en sus claros ojos una expresión de decepción. El ruso tenía buen olfato también y, por eso mismo, ella se iba.

Pero no fue muy lejos.

Sólo hasta donde había dejado el coche que había alquilado aquella mañana en Atenas, apenas llegar, y que había estacionado allí hacia las tres de la tarde. Ahora, eran las seis y media.

Del maletín sacó la pequeña radio, que accionó y mantuvo apretada contra su pecho, bajo la barbilla.

—¿Sí? —Brotó la voz masculina.

—Contando a Klauberg —dijo la gorda norteamericana—, yo diría que son diez, Simón. ¿Está de acuerdo?

—¿Por qué no? Nosotros les estamos fotografiando a todos así que llegan a la terraza, y si hay diez pronto lo sabremos ya que, evidentemente, cuando llegue Mourka, tendrá que hablarles.

—Bien. Tengan cuidado con el sol, no vaya a reflejarse en el teleobjetivo.

—Descuide: lo hemos tenido en cuenta.

—Hay otro hombre… Más joven. Es rubio. Está escribiendo tarjetas postales.

—Ah, sí. También lo hemos fotografiado.

—Yo diría que es ruso. ¿Lo conocen?

—No. Si es de la profesión, es nuevo en Atenas.

—Ya. Y de los conocidos por ustedes…, ¿han visto alguno, quizá?

—¿Rusos? No, ni uno.

La turista gorda sonrió.

—Entonces, seguro que ése es ruso. Está dando la cara, mientras los demás permanecen a la expectativa, escondidos, como ustedes.

—Es muy posible que ellos hayan recurrido a otra camioneta cerrada, desde luego.

—¿Todo lo demás está preparado?

—Absolutamente todo. Salvo que tengan la facultad de convertirse en invisibles, no lograrán ir a ninguna parte, sin que podamos seguirlos… ¡Un momento! ¡Llega un árabe a la terraza, Baby!

—Fotografíenlo —exclamó ésta—. Es todo por ahora.

Cerró la radio, la guardó y volvió la cabeza hacia el Panakitekos. Refunfuñó algo, y se quitó los lentes… Así estaba mejor. La distancia hasta la terraza no era excesiva, así que pudo ver al árabe, que en aquel momento se sentaba ante una mesa. Era alto y grueso, y su oscuro cutis relucía al sol de la tarde debido a la ligera transpiración. De estar en Viena a estar en El Pireo, en pleno mes de agosto, había una notable diferencia.

El árabe estuvo en la terraza unos diez minutos, tomando algo, seguramente café, y, desde luego, sin acercarse a ninguno de los hombres que esperaban. De pronto, se puso en pie, dejó un billete sobre la mesa, y abandonó la terraza.

Diez segundos después, uno de los hombres partió tras él lentamente. Cinco segundos más tarde, lo hicieron otros dos. Otros cinco segundos después, le tocó el turno a Hans Klauberg, que cargó con su maleta y emprendió la marcha, sudando, entornados los ojos bajo el implacable sol…

—Qué barbaridad… —pensó Baby—. No lo harían mejor, si quisieran que alguien se diese cuenta de la maniobra.

Los demás fueron abandonando la terraza con intervalos de pocos segundos. Para un observador cualquiera, no estaba ocurriendo nada. Para Baby, que estaba al corriente, aquellos diez hombres, caminando en fila detrás del árabe, separados por pocos metros, formaban una especie de serpiente multicolor, que destacaba por encima de todo.

Quince segundos después de que el décimo hombre hubo abandonado la terraza, el rubio de las tarjetas postales se puso en pie, dejó dinero sobre la mesa, se guardó las postales, y partió en pos de la serpiente multicolor, tranquilamente. Baby movió la cabeza, sonriendo, y puso el coche en marcha. Poco después, pasaba cerca del árabe, al que miró un instante, con indiferencia aparente. Fruncido el ceño, siguió adelante… No era de las que menospreciaban a los demás, pero, francamente, el árabe no le pareció demasiado listo. Tenía la frente estrecha, los ojos pequeños y un tanto demasiado juntos. Podía ser astuto, pero no inteligente en demasía… No el hombre que podía dirigir el robo de dos bombas atómicas para las cuales tiene determinados planes.

Le rebasó, y poco después fue viendo pasar la comitiva, con el rubio de las postales detrás, a buena distancia. Y así, ahora adelantando y ahora esperando, llegaron a la parte del muelle donde estaban los yates y las lanchas. El árabe saltó a una de éstas, grande, pintada de blanco y rojo…

Baby recurrió de nuevo a la radio.

—¿Sí? —indagó Simón.

—Supongo que los están viendo. Van a marcharse por mar.

—Está previsto. Naturalmente, se ha dado usted cuenta de que el rubio de las postales va tras ellos. ¿Cree que forma parte del grupo?

—No lo creo. Pero pronto lo sabremos.

El rubio no formaba parte del grupo. Se había detenido a cierta distancia de la lancha, observando el embarque de los diez espías de alquiler. La lancha partió. El rubio estuvo mirándola durante un minuto, inmóvil. Luego, saltó a una lancha más pequeña que tenía cerca de allí, y zarpó en pos de la lancha del árabe.

Cuando regresó, eran las ocho y el cielo estaba rojo de sol poniente, que iba adquiriendo una tonalidad morada.

* * *

Hacia las nueve y media, después de cenar en su hotel, el encantador rubio de las tarjetas postales pasó al bar. Se acomodó en uno de los taburetes, ante el mostrador, y pidió un coñac. Lo estaba ya paladeando con evidente placer cuando apareció la muchacha rubia de ojos verdes en la puerta del bar, miró alrededor y, tras un

gesto de resignación, fue hacia la barra, sentándose junto al rubio, que la miró afablemente, esgrimiendo aquella sonrisita encantadora.

Ella también sonrió, levemente. Luego, pidió una copa de champaña y, mientras esperaba, volvió a mirar alrededor y, especialmente, hacia la puerta. El lugar era muy agradable, discreto, elegante. Había hombres y mujeres repartidos entre las mesitas de roja superficie, conversando sosegadamente. El tono de las voces no se elevaba lo más mínimo sobre lo correcto.

Llegó el champaña, y la preciosa rubia bebió un sorbito. Aprobó con complacido gesto, y volvió a mirar alrededor, impaciente. Su mirada se deslizó por el rostro del rubio un instante, pero regresó al ver la nueva sonrisita en los finos labios del hombre.

—Vamos, vamos —dijo éste, en perfecto inglés—; decídase. No creo tener un aspecto tan inabordable. Más bien creo que inspiró confianza y agrado, ¿no es así?

La bellísima rubia sonrió ampliamente.

—Así es. Sólo quería asegurarme de que estamos solos.

—Estamos solos… —aseguró el rubio—. ¿Dónde ha dejado los lentes y aquel horrible vestido largo?

Baby se sorprendió sinceramente. Alzó las cejas, en un inicio de «sorpresa» en honor al rubio, pero rechazo en seguida esa actitud. ¿Para qué perder el tiempo?

—Tiene usted muy buena vista —musitó.

—En efecto. ¿Ustedes también tenían a alguien en el Panakitekos?

—Sí.

—Es extraño… No me pareció ver a ningún americano entre esas pobres gentes.

—¿Americano? Oh, ahora se equivoca; soy alemana.

El rubio parpadeó, también sinceramente sorprendido.

—¿De veras? —comenzó a hablar en alemán—. Bueno, ya ve qué fácilmente puedo equivocarme: creí que era usted americana.

—Pues no —replicó ella, también en perfecto alemán—. Pero es usted muy dueño de creer lo que quiera, señor…, señor…

—Llámeme Viktor —sonrió anchamente él—. Por supuesto, usted ya ha adivinado que soy ruso, señorita…, señorita…

—Llámeme Erika —rió la rubia.

—Muy bien. ¿Tenemos algo que decirnos, Erika? Bueno, ya supongo que sí, pues de otro modo usted no habría venido a hacer contacto conmigo… ¿De qué se trata?

—¿Conoce a Mourka?

—Ahora, sí. Hasta hace unos días, no sabía nada de él. Ni yo, ni nadie de Moscú, se entiende. ¿Y ustedes?

—Tampoco. Usted lo ha seguido esta tarde y por supuesto, sabe ya dónde están los espías… alquilados. Sin embargo, lo veo aquí, tomando apaciblemente un coñac… ¿No piensa hacer nada la MVD?

—Nada…, por ahora. A menos que usted pueda sugerirnos algo que nos haga cambiar de actitud.

—Es muy posible —deslizó *fraulein* Schenk— que Mourka y los que están tras él tengan algo que ver con las dos bombas robadas a la OTAN.

Viktor parpadeó una sola vez, rápidamente. Ese fue el tiempo que duró su sorpresa, su desconcierto, que rápidamente se convirtió en interés.

—¿De dónde ha sacado eso? —musitó.

—Nuestro hombre informó de que Mourka estaba preparando algo que asombraría al mundo. Para mí, robar dos bombas atómicas de un silo de la OTAN es bastante sorprendente.

Viktor Vialef se pasó una mano por la barbilla, pensativo, sin dejar de mirar a Erika.

—Mourka contrató a nuestro hombre en Belgrado —dijo, de pronto—. No dijo para qué exactamente, pero si dijo algo parecido: iban a asombrar al mundo. Nikolai, nuestro viejo colega, está retirado, y vive en Belgrado con una de sus hijas y sus nietos… Se apresuró a enviar un mensaje a la MVD, naturalmente. La decisión fue esperar a ver qué pasaba, y para ello me han enviado a mí a Grecia.

—¿Solo?

—Puedo conseguir ayuda en cualquier momento —sonrió el espía soviético—. Igual que usted, claro está.

Erika asintió.

—Nuestro hombre se llama Klauberg; su reacción ante la propuesta de Mourka fue diferente a la de Nikolai. Aceptó la oferta de trabajo y un anticipo de diez mil dólares sobre cien mil. No nos dijo nada. Pero, con el asunto de esas dos bombas, los americanos

están metiendo las narices en todas partes, igual que todos nosotros, y Klauberg se asustó, porque uno de ellos le iba pisando los talones. Como tenía que venir aquí, sé puso nervioso, y mató al americano. Los americanos se pusieron difíciles, y tuvimos que investigar… Supimos que había sido Klauberg, y fuimos a visitarle; entonces, nos lo contó todo. Se lo hemos escamoteado a los americanos, a ver qué pasa aquí.

—Bien… Pero ¿qué tiene que ver eso con el robo de las dos bombas?

—Pensamos que quizá el americano que mató Klauberg sabía de éste más de lo que él nos ha dicho.

Además, hay que tener en cuenta que, en estos días, tanto los americanos como los demás, sólo nos dedicamos al asunto de las bombas. ¿O no?

—Yo, no. Ya le he dicho que he sido asignado al caso Mourka… Sería divertidísimo —sonrió una vez más— que me metiese de lleno en ese importantísimo asunto…, mientras mis jefes creen que estoy perdiendo el tiempo en Grecia, prestando, atención a un viejo colega y a un árabe…, que deben estar locos los dos.

—Bueno, Viktor —murmuró Erika—, yo he sido sincera con usted.

—Y yo también con usted —aseguró el ruso—. De verdad, en Moscú, pese a eso de asombrar al mundo, no le han concedido demasiada importancia a Mourka. Aunque, claro, había que investigar el caso.

—Claro. ¿Y si se tratase solamente de alguna acción árabe más o menos importante, pero que nada tuviese que ver con las dos bombas, sino con los israelitas?

—En ese caso, me parece que en Moscú no verían con malos ojos que el viejo Nikolai se las arreglase como quisiera, si es que le interesan los cien mil dólares.

—Pero ¿no harían ustedes nada?

—Nosotros no somos enemigos de los árabes, ¿verdad? —Encogió los hombros Viktor—. Así que no tendríamos por qué molestarles en sus planes. Eso que lo hagan los americanos. Por mi parte, cuando sepa algo concreto, tengo que informar, y esperar instrucciones.

—¿Y cuándo sabrá usted algo concreto?

—Cuando lo sepa Nikolai. Como es natural, tenemos convenido un sistema de comunicaciones, igual que ustedes habrán hecho con Klauberg. Así que todo lo que tenemos que hacer es esperar que esos viejos espías reciban instrucciones sobre el trabajo para el que han sido alquilados. En cuanto lo sepan ellos, nos informarán a usted y a mí, y seguramente a otros agentes que están cerca de sus viejos colegas… ¿Verdad que Mourka no parece muy listo?

—No, no lo parece.

Viktor frunció el ceño, y se quedó mirando el fondo de su copa de coñac.

—No sé… Si a todos les paga cien mil dólares, quiere decir que está dispuesto a invertir un millón, ¿no es así? Y un millón de dólares me parece mucho dinero para que lo maneje un tonto.

—Por el momento —deslizó Erika— sólo ha manejado cien mil dólares. Y quizá considere que ha gastado suficiente.

—Lo cual quiere decir que, una vez utilizados nuestros viejos compañeros, serían eliminados. ¿No es eso?

—Francamente, esa solución me parece más factible a que Mourka desembolse un millón de dólares.

Viktor asintió, y quedó de nuevo pensativo. Terminó su coñac y volvió a mirar a Erika.

—La verdad es que no me gusta esa idea. No deberían importarme en absoluto esos hombres, pero…

—Le comprendo —sonrió *fraulein* Schenk—. Y me alegra comprobar que por lo menos somos dos en sentir, de ese modo.

—¿Qué le parece que podríamos hacer?

Erika alzó las cejas, divertida.

—Bueno, de momento, creo que nada. Mientras no hayan sido utilizados, no tenemos por qué preocuparnos por sus vidas. Ahora, lo único que podemos hacer es esperar que Klauberg o Nikolai se pongan en contacto con nosotros y nos digan de qué va el asunto… Lo cual no creo que suceda esta noche. Suponiéndole a Mourka un mínimo de consideración e inteligencia, cabe pensar que esta noche dejará descansar a sus espías de alquiler. Y eso es lo mismo que deberíamos hacer nosotros: descansar.

—¿Y luego?

—Como se suele decir, mañana será otro día. No sé hasta dónde llega su experiencia y veteranía en nuestra profesión, Viktor, pero sí

le supongo lo bastante templado para saber esperar sin hacer tonterías: cuando se dispara antes de tiempo, la pieza suele escapar.

—A propósito de eso, no me ha preguntado dónde está Mourka. He comprendido que me dejó seguirles y que luego me esperó y me siguió hasta el hotel, dispuesta a entrar en contacto conmigo, así que esa pregunta me parece obligada. ¿O no le interesa saber dónde están nuestros viejos colegas alquilados?

—¿Dónde están? —sonrió Erika.

—¿De verdad no lo sabe?

—Usted está deseando decírmelo —rió por fin la bellísima alemana—, y no veo motivo para privarle de ese placer.

—Están en la isla de Egina, en una pequeña villa, cerca de la localidad llamada, Agia Marina.

—Maravillosa información —Erika saltó del taburete—. ¿Qué le parece si a las siete de la mañana nos encontramos donde usted ha dejado su lancha, para ir con ella de paseo marino hasta esa isla?

—Me parece bien Steinheil —sonrió anchamente Viktor.

—Pues buenas noches, estimado colega.

Capítulo VI

—Buenos días —saludó alegremente Erika—. ¿Ha dormido bien, Viktor?

—Por extraño que parezca, sí. ¿Y usted?

—Yo siempre duermo estupendamente. ¿Quiere que le cuente un secreto?

Viktor Vialef había tendido su mano para ayudar a Erika a saltar a la lancha, después de lo cual no se la soltó, y se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—¿De qué color son sus ojos? En realidad, quiero decir.

—Si le digo eso, querrá saber también de qué color es mi cabello. A partir de ahí, me preguntará si llevo rellenos en alguna parte de mi cuerpo, y de ese modo, llegaría a conocer mi peso. El interrogatorio no terminaría ahí, sino que querría saber mi nombre verdadero, dónde vivo en Alemania, etcétera, etcétera, etcétera.

»Así que, si no le molesta, dejaremos que mis ojos sigan siendo verdes y mis cabellos rubios. En cuanto a mi mano, no me molesta en absoluto que me la acaricie, y hasta podría admitir que quisiera besarme por el simple placer de hacerlo, pero, ¡por favor, Viktor!, no intente el viejo juego de simular que se ha enamorado locamente de mí, y a hacerme extrañas proposiciones personales.

—¿Le parecería extraño que quisiera acostarme con usted? —rió Viktor.

—¡No! Oh, eso no, por supuesto. Lo que ya no me gustaría es que me considerase tan tonta como para proponerme que, después de esto, huyésemos juntos para amarnos toda la vida, y que yo le explicase muchas cosas sobre la BND.

—Formidable —volvió a reír Viktor—. ¿Nos vamos?

—Cuando guste.

Era una hermosa mañana, resplandeciente de sol, refulgente el tono azul del cielo. El mar, también azul a lo lejos, estaba quieto

hasta el punto de parecer un cristal apenas ondulado en algunos lugares. Mientras Viktor Vialef ponía la lancha en marcha, Erika se dedicó a mirar, sonriente, las gaviotas, que planeaban a poca altura sobre la zona del muelle pesquero, esperando ávidamente que, desde los barcos recién llegados, arrojasen los restos de peces muertos al agua.

—Bueno —la miró el ruso, ya navegando hacia la salida del puerto—, ¿cuál es ese secreto?

—Ah, sí. Anoche me siguió un hombre hasta mi hotel…

—¡Le aseguro que no he tenido nada que ver con eso! —se apresuró a protestar Viktor.

—Lo sé, porque otro se quedó vigilándolo a usted… Pero no se alarme: son dos de nuestros colegas en activo, que, informados por sus viejos colegas, también acudieron a la cita en el Panakitekos, y, naturalmente, se fijaron especialmente en usted. Como consecuencia, luego se fijaron en mí, cuando le visité en el bar del hotel. Yo diría que ellos dos han hecho buenas migas, como nosotros. Y como es lógico, dentro de unos segundos, tendremos una lancha ocupada por ellos, navegando detrás nuestro.

—Eso quiere decir que por lo menos cuatro de esos viejos espías alquilados han tenido la cordura suficiente para informar a sus respectivos servicios.

—Sin duda. Los otros seis, según parece, han decidido ganar sus cien mil dólares sin dar explicaciones a nadie. ¿Y sabe por qué, Viktor?

—No. ¿Por qué?

—Pues porque la mayoría de los espías que se retiran, en contra de lo que la gente cree, no tienen ni un marco. Se han estado jugando la cabeza un montón de años, y luego, todo lo más que reciben es una pensioncilla que les permite, cuando menos, no carecer de tabaco. ¿Le parece justo?

—No —gruñó el ruso.

—A mí tampoco.

Quedaron silenciosos. Erika pensaba que, en realidad, los espías cuerdos habían sido solamente tres, ya que Hans Klauberg, ciertamente, no había informado a la BND de su «contrato»… Siete hombres que, después de haber tenido en peligro su vida durante años, se veían obligados a alquilarse, cuando ya sus facultades

físicas iban en declive. Aunque, entre ellos, estaba segura, también habría alguno que se habría alquilado por el simple hecho de volver a sentirse espía. Sí, un espía es siempre un espía…

—En efecto —oyó a Viktor—: ahí los tenemos.

El ruso tenía vuelta la cabeza. Erika hizo lo mismo, y vio la lancha que les seguía a cierta distancia.

—Uno de ellos es francés —dijo—. Y mucho tengo que equivocarme si el otro no es holandés.

—¿Los esperamos? A mí está empezando a divertirme todo esto.

—Yo también estaría divertida si no hubiesen dos bombas atómicas dando vueltas por ahí… No. No los esperamos, Viktor. Si llega el momento, uniremos las fuerzas, pero, por ahora, es mejor que vayamos por separado.

Las quince millas entre El Pireo y la isla de Egina fueron cubiertas en poco más de media hora, por las veloces lanchas ocupadas por los espías. Llegaron casi al mismo tiempo al embarcadero de Agia Marina, y fueron amarradas a menos de treinta metros una de otra.

—¿Seguimos el juego? —preguntó Viktor, señalando con la barbilla hacia la otra lancha.

—Desde luego. Vamos hacia esa pequeña villa, a echar un vistazo. ¿Tiene prismáticos?

—Claro.

Viktor los sacó del compartimento, pero Erika movió la cabeza negativamente.

—Demasiado grandes. No puede llevarlos en el bolsillo, y si los lleva en la mano llamaríamos la atención. Nos arreglaremos con mis pequeños gemelos de teatro.

El agente soviético dirigió una vez más su mirada hacia el maletín rojo con florecillas azules, y musitó:

—Parece que va usted muy bien equipada.

—Siempre he pensado que si me matan, no sea por imprevisión. ¿Está muy lejos la villa?

—No.

La villa estaba a menos de un kilómetro, cerca de unas excavaciones arqueológicas llamadas Aphia. Vialef explicó que la tarde anterior, Mourka y los espías de alquiler también hicieron el camino a pie desde el embarcadero, y que la comitiva le había

parecido incluso graciosa, pues algunos de los viejos espías iban cargados con sus maletas, lo que seguramente no contribuyó a hacerlos sentirse importantes.

Ninguno de los dos volvió la cabeza ni una sola vez. ¿Para qué? Sabían perfectamente que el francés y el holandés continuaban pegados a sus talones. Sólo cuando encontraron un lugar desde el cual mirar hacia la villa, miraron tras ellos. Y en efecto, los dos agentes europeos estaban a escasa distancia, como clavados al suelo, observándoles.

Erika señaló hacia lo alto de la reseca higuera.

—Ayúdeme a subir, Viktor.

Segundos después, estaba a unos tres metros sobre el suelo, en una rama que crujía, y rodeada de higos verdes y macilentos, pero cuya existencia resultaba admirable, teniendo en cuenta que la higuera parecía poco menos que muerta.

Dirigió los gemelos hacia la villa. Todo parecía bastante descuidado, y ni siquiera había piscina. Había naranjos y limoneros, y algunos arbustos de flores que crecían anárquicamente. Era el lugar ideal para planear una operación y luego abandonarlo, sin más complicaciones. Incluso parecía abandonado ya; no se veía un alma en el lugar. Pero Erika sabía perfectamente que los espías de alquiler y Mourka seguían allí, pues si hubiesen abandonado la villa, Simón la habría avisado.

Dejó de mirar para consultar su relojito de pulsera. Eran las ocho y diez, así que quizá todos dormían todavía en la villa. Eso debía ser.

Descendió de la higuera, y se quedó mirando a los dos colegas que permanecían guardando las distancias. Viktor preguntó:

—¿Ha visto algo?

—Nada interesante. ¿Qué le parece si unimos las fuerzas?

—Por mí…

Erika alzó un brazo, en gesto de llamada hacia los dos colegas que permanecían alejados. Éstos cambiaron una mirada, y se acercaron, tranquilamente. Uno de ellos era moreno y de expresión adusta. El otro, más alto y grueso, era mucho más rubio que Erika y que Viktor, y su rostro coloradote destacaba en la blancura de la piel de sus brazos y cuello.

—Buenos días —los recibió Erika con una sonrisa; señaló a

Vialef—. Este es el camarada Viktor, de la MVD. Yo soy Erika, del BND.

El rubísimo y arrebolado agente tendió su diestra, sonriendo.

—Kartmo —se presentó—. Soy holandés. Él es Jullian: francés.

—¿Qué tal? —masculló Jullian.

—Pues ya ve —le miró irónicamente Erika—: intentando enterarnos de qué modo pretende Mourka asombrar al mundo. Y a ustedes, ¿qué les trae por aquí?

Jullian frunció aún más el ceño, pero Kartmo se echó a reír, divertidísimo.

—Lo mismo que a ustedes —exclamó.

—Estupendo. ¿Y qué saben del asunto? He pensado que quizá sumando nuestros respectivos conocimientos, podamos adelantar algo en este problema. Desde luego, si no les interesa, Viktor y yo podemos seguir trabajando solos. Pero me parece una tontería.

—De acuerdo —asintió Jullian—. Puede empezar usted misma, diciéndonos qué ha visto con esos gemelos.

* * *

Hans Klauberg, que había compartido el dormitorio con el italiano Manfredi, salió del cuarto de baño, recién afeitado, y señaló hacia dentro, musitando un «gracias», por la prioridad que le había concedido el italiano. En silencio, éste ocupó el cuarto de baño, cerrando la puerta.

Klauberg se vistió, y luego se acercó a la ventana. Había dormido pésimamente, debido a los recuerdos de lo sucedido en Alemania con el agente americano, y las consecuencias de haberlo matado. Y ese insomnio había sido fatal para Hans Klauberg. En primer lugar, se sentía cansado…, lo cual, ni mucho menos habría ocurrido, tan sólo diez años antes. Terriblemente cansado. Pero, además, deprimido hasta los más negros límites. Motivos: en determinado momento de aquella noche de insomnio, había encendido la luz para ir al cuarto de baño; cerca de él, Manfredi continuó durmiendo, con lo que se evitó tener que pedir excusas; pero, a la vuelta de cumplir sus necesidades, Hans Klauberg se sorprendió a sí mismo pensando que habría preferido que el italiano se hubiese despertado; se quedó mirándolo, fijamente, mientras

Manfredi continuaba durmiendo a pierna suelta, tan profundamente como si fuese a dormir para siempre jamás…

De ahí partió la depresión de Hans Klauberg. Justamente de ahí, porque, al ver al italiano, se imaginó a sí mismo durmiendo de aquel modo: como muerto, entreabierta la boca, alborotados los grises cabellos, lleno de arrugas el cuello, fláccidas y pálidas las mejillas, en las que apuntaba la barba de tonalidad gris… Sin duda alguna, años atrás, Manfredi se habría despertado tan sólo por el rumor de una cerilla cayendo al suelo. Pero, en aquel momento, parecía muerto, eso era todo. Desvalido, inerme, desamparado, perdido el fino oído que sin duda había poseído, desamparado de todos sus reflejos… Y los demás, debían hallarse más o menos en las mismas condiciones. Había un ruso en el grupo, al que le había calculado unos sesenta años largos…

—Debemos estar locos —musitó.

A las diez de la mañana, Mourka los reunió en el saloncito de la polvorienta villa. Tampoco en esto se engañaba Klauberg. Podía estar viejo para según qué cosas, pero no era ni había sido tonto nunca: aquel lugar no era un punto estable de la organización de Mourka, sólo un lugar quizá incluso usurpado, que sería abandonado muy pronto.

Miró a Mourka, que estaba colocando un plano en la pared, colgándolo de un clavo. Era un mapa que abarcaba la zona Norte del Mar Egeo, la totalidad del Mar de Mármara y el extremo Sudoeste del Mar Negro, con las correspondientes porciones de Grecia, Turquía…

—Tal como convinimos ayer, hablaremos todos en inglés —empezó Mourka, tomando una vara, con la que señaló el mapa—. Bien, ésta va a ser nuestra zona de operaciones. Especialmente, el Estrecho de los Dardanelos. Ustedes serán llevados allá, en dos lanchas, en grupos de cinco. Cada grupo desembarcará en una orilla. Entonces, cada hombre tendrá que trabajar solo, portando el material que tenemos preparado.

Mourka señaló con la vara diez bolsas de viaje, de diversos colores y tamaños, que sus hombres habían colocado en el suelo, cuidadosamente. En total, Mourka disponía de cuatro hombres de su raza, que habían estado esperando en la villa. Ninguno de los cuatro árabes habían pronunciado hasta entonces, ni una sola

palabra.

Tras señalar las bolsas, Mourka volvió a indicar el mapa.

—Aquí, en ambas orillas del Estrecho de los Dardanelos, hay varias localidades, de las cuales las más importantes son Canakkale y Lapseki en la orilla Este, y Eceabat y Galípolis en la orilla Oeste. La longitud del Estrecho, contando desde las ruinas de Troya hasta Galípolis, es de unos sesenta kilómetros. La anchura media es de algo más de dos kilómetros. Pero, aquí, justamente en esta punta de tierra ligeramente al Norte de Eceabat y Canakkale, que están frente a frente, esa anchura es inferior al kilómetro; la profundidad es más bien escasa en este punto. Y aquí debe llegar un barco pesquero, después que ustedes hayan hecho su trabajo. Delante de esa punta, les estarán esperando las lanchas para recogerlos y llevarlos al pesquero. ¿Está claro?

Hubo algunos murmullos de asentimiento. El ruso alzó un brazo, y Mourka le miró afablemente.

—¿Sí?

—¿Qué debemos hacer en el pesquero?

—Vamos a dejar eso para el final. Primero, hablemos de su trabajo en tierra, que va a ser muy sencillo… Cada uno de ustedes irá a una localidad de las que hay en ambas costas. Una vez allí, llamará por teléfono a las autoridades policiales del lugar…

—Yo no hablo griego —interrumpió uno de los espías de alquiler.

—Nadie debe hablar en griego. Todos hablarán en ingles. Si quien atiende la llamada telefónica no habla inglés, digan que volverán a llamar media hora más tarde, y que quieren que les atienda alguien que sepa inglés. Si ni siquiera entienden esta indicación, cuelguen el teléfono, y, simplemente, llaman media hora más tarde. Hemos de suponer a las autoridades la suficiente inteligencia para adaptarse a la situación. Repito: ni una sola palabra que no sea en inglés. ¿Bien? Nuevos murmullos de asentimiento. Mourka no señalaba el mapa, estaba completamente de frente a ellos, y los iba mirando uno a uno.

—Pasemos ahora al mensaje que tienen que darles a las autoridades policiales de la zona. Es muy simple: les dirán que, tres días después de su llamada «no debe quedar ABSOLUTAMENTE NADIE en la zona del Estrecho», ni en la península, ni en

veinticinco kilómetros tierra adentro, ya en territorio turco asiático. Toda la zona indicada debe haber sido «completamente evacuada»... Si alguno de ustedes no lo ha entendido, lo repetiré con mucho gusto.

El silencio era total. Todas las miradas estaban fijas en Mourka, quien comprendió que todos habían entendido perfectamente sus indicaciones. Era en verdad simple: no debía quedar ni una sola persona en un círculo de cincuenta kilómetros de diámetro y cuyo centro sería aproximadamente el centro del Estrecho de los Dardanelos.

Otro de los espías alzó el brazo, y Mourka le miró, interrogante.

—¿Qué es lo que va a ocurrir? —preguntó el espía.

Mourka sonrió, moviendo negativamente la cabeza.

—Vamos a pasar ahora a la segunda parte de su cometido —siguió, sin responder a la pregunta—. Una vez hayan avisado a las autoridades, todos ustedes dispondrán de tres días para llegar, a pie, a su respectiva orilla, en la parte donde es más estrecha. He dicho a pie, por lo que los que estén ya allí, deberán esperar, escondidos, a los demás. Transcurridas setenta horas de sus contactos con las autoridades, todos ustedes deberán estar en la zona indicada, donde, como ya he dicho, serán recogidos por las lanchas que hoy mismo les van a llevar allá. Esas lanchas les conducirán hacia el pesquero. De ese pesquero, desembarcarán algunos hombres, que se repartirán en las dos lanchas. Inmediatamente, se alejarán, y abandonarán los Dardanelos, hacia el Mar Egeo. Una vez en este mar, serán llevados todos al lugar donde recibirán el resto de la cantidad convenida. ¿Alguna duda?

No habían dudas.

Mourka volvió a señalar el mapa con la vara.

—Ahora, veamos para qué van a llevar ustedes, cada uno, un pequeño equipo de radio. Los diez equipos están en esas bolsas... Cuando ya hayan pasado el mensaje a las autoridades, y estén en lugar seguro, todos se irán llamando unos a otros, inquiriendo la posibilidad de algún contratiempo, y, a su debido tiempo, informándose mutuamente respecto a la evacuación de toda la zona mencionada. Deben ir asegurándose de que esa zona, en efecto, es evacuada. Sólo entonces habrá llegado el momento de emprender su marcha hacia el punto de reunión en ambas orillas. Si cuando

lleguen a ese punto de reunión, que ustedes mismos fijarán entre sí, cuando yo haya terminado, la zona ha sido evacuada, uno de ustedes utilizará su radio para comunicarse con el pesquero, informándole de ello. A tal fin, también se les va a facilitar la longitud de onda de la radio para comunicarse con el pesquero, que se acercará al punto convenido, rápidamente…

—¿Cuál es el nombre del pesquero?

—Kalansho. Pabellón libio.

—¿Y será abandonado allí?

—Olviden eso. Ustedes deben limitarse a cumplir las instrucciones.

—Eso quiere decir que no podemos ni siquiera saber lo que va a ocurrir.

—Efectivamente. No pueden saberlo…, ni les interesa. Lo único que espero les interese a ustedes es ser llevados al lugar donde recibirán los noventa mil dólares restantes. A partir de ese momento, todo habrá terminado, y cada cual podrá hacer lo que quiera. El contrato de alquiler habrá caducado, y jamás volveremos a vernos. Es lo mejor para todos, ¿no les parece?

El ruso alzó un brazo.

—Quisiera hacer una sola pregunta.

—Puede hacerla, pero no garantizo respuesta.

—Bien… A mí me parece que todos hemos comprendido bastante bien lo que va a ocurrir: el Estrecho de los Dardanelos va a ser… dinamitado, o algo así. Y en ese caso, el Mar de Mármara, y consecuentemente el Mar Negro, se convertirán en una bolsa, de la que ninguna embarcación podrá salir en mucho tiempo. ¿Es eso?

—¿Salir? —Alzó las cejas Mourka, sonriendo—. Bueno, también eso, desde luego. Pero tampoco ninguna embarcación podrá entrar al Mar Negro, en mucho tiempo. Todo eso, claro —Mourka amplió su sonrisa—, suponiendo que usted esté en lo cierto.

—¿Lo estoy?

Mourka sonrió de nuevo, y miró su reloj.

—Saldrán de aquí dentro de un par de horas. En ese tiempo, espero que se pongan de acuerdo todos. Si tienen alguna duda, no vacilen en consultarme. Pueden empezar por examinar sus equipos.

Los equipos fueron examinados. Luego, los diez espías se repartieron la zona y las localidades allí existentes para ir avisando

a las autoridades respecto a la necesidad de evacuarla. Utilizando el mapa, todo se fue puntualizando, las piezas fueron encajando… En media hora, todos los espías de alquiler se quedaron mirando a Mourka, qué los había estado contemplando, sentado en un sillón, fumando.

—Ya está —informó uno de los espías.

—¿Han quedado de acuerdo en todo? ¿Ninguna duda?

—Todo está bien. Sólo hay una cosa con la que no estamos conformes.

—¿A qué se refiere?

—El dinero. Lo queremos antes, no después del trabajo. Lo queremos ahora, para poder enviarlo a nuestras cuentas por transferencia.

Mourka frunció el ceño, y tras meditar unos segundos, movió negativamente la cabeza.

—Lo siento, pero no puede ser.

—¿Por qué no?

—Queremos tener la seguridad de que todos cumplirán su cometido.

—Lo haremos, puede estar seguro. Es muy fácil, realmente. Pero queremos el dinero ahora.

Mourka siguió negando.

—No. Si el asunto no les interesa, díganlo. Estoy seguro de que encontraré rápidamente otros nombres dispuestos a hacerlo. A fin de cuentas, como ya han podido comprobar, su trabajo es realmente fácil, así que puede hacerlo cualquiera. El trabajo difícil lo han hecho ya otros, y seguirán haciéndolo. Ustedes sólo harán la parte fácil.

—No nos parece razonable que usted pague un millón de dólares por una cosa tan fácil, Mourka.

—¿Qué es un millón de dólares, comparado con el antagonismo que se crearía hacia mí si no me ocupase de la evacuación de la zona? ¡No es nada!

—Antagonismo hacia usted…, ¿o hacia los árabes?

—Pueden tomarlo o dejarlo —dijo ásperamente Mourka—. Pero las cosas se harán como yo he dicho. Decídanse en diez segundos.

La conferencia de cuchicheos entre los espías de alquiler duró menos de diez segundos.

—Está bien —dijo el espía portavoz—: lo haremos a su modo. ¿Cuándo hemos de partir?

—Todavía tardarán una hora. Pueden aprovechar para seguir cambiando impresiones, o recoger sus cosas… Les avisaré.

—Ya lo tenemos todo hablado —dijo el ruso—. Yo voy a recoger mis cosas.

Salió del saloncito, y subió la escalinata hacia el piso alto, donde estaban los dormitorios. Al llegar arriba, volvió la cabeza, y no vio a Manfredi tras él. Por poco que el italiano se entretuviese, tendría tiempo…

Segundos después, entraba en el cuarto de baño, cerraba la puerta, y de un bolsillo interior de la chaqueta, sacaba un bolígrafo: apretó la caperuza con fuerza hacia abajo, y luego alzó la larga pestaña de sujeción, de modo que ésta quedó formando ángulo recto con la caperuza.

—Viktor —susurró—. ¡Viktor!

—Dime, Nikolai —sonó tenuemente la voz de Viktor Vialef.

—¿Estás cerca? ¿Puedes oírme bien?

—Puedo oírte perfectamente, no te preocupes.

—Escucha… Escucha con toda atención, Viktor. Mourka nos ha expuesto por fin su plan, que consiste en…

Capítulo VII

La explicación de Nikolai fue rápida y precisa. Cuando dejaron de oír su voz, Erika y Viktor se miraron, cambiando luego miradas de aterrada consulta con Jullian y Kartmo, que evidentemente entendían el ruso, y, no menos evidentemente, habían comprendido lo que aquello significaba.

O al menos, habían creído comprenderlo.

—Las bombas —musitó por fin Viktor Vialef, exponiendo los pensamientos de los cuatro—. ¡Van a lanzar esas bombas en los Dardanelos!

Erika Schenk asintió con la cabeza. Los cuatro estaban un poco pálidos.

—Según parece —dijo *fraulein* Schenk, con voz tensa—, esas bombas están ahora viajando en el pesquero Kalansho.

—Viktor —se oyó la voz de Mikolai— ¿con quién estás hablando? ¿Qué tengo que hacer?

—Dígale que le vuelva a llamar dentro de un minuto —pidió Erika a Viktor.

—Nikolai: ¿puedes llamarme dentro de un minuto?

—¿Un minuto? Creo que sí… Pero no más tiempo. El italiano Manfredi puede venir de un momento a otro.

—Sólo un minuto —aseguró Viktor.

Cerró la radio, y se quedó mirando a Erika. Los otros dos hacían lo mismo, aceptando tácitamente la iniciativa de la rubia espía alemana.

—Creo que de momento no debemos hacer nada —dijo Erika—. Como es natural, nosotros vamos a avisar a nuestros respectivos servicios para que busquen el Kalansho, y, en todo caso, cierren las rutas hacia el Estrecho de los Dardanelos. Pero hay que prevenir la posibilidad de que esa gente lo tenga tan bien preparado que no podamos impedir que esas dos bombas lleguen al Estrecho… Si eso

sucede, lo menos malo sería que nuestros compañeros alquilados hubiesen cumplido la misión indicada por Mourka, esto es, que hubiesen avisado a las autoridades turcas para que toda esa zona sea evacuada… ¿Están de acuerdo?

—Yo sí —contestó en seguida Jullian—. Está claro que ese Mourka y quienes le pagan por dirigir este asunto, no quieren víctimas humanas en esa doble explosión…, y nosotros no vamos a ser peores que ellos. Lo primero es permitir que esa zona sea evacuada, en efecto. Si no pasa nada, mejor. Pero si pasa algo, al menos habremos salvado varios miles de vidas.

—Conforme —asintió Kartmo.

—Yo también, desde luego —aceptó Viktor—. Pero quiero añadir que es la salvajada más grande de que tengo noticia…, después de lo de Hiroshima. Al menos, éstos avisan de que van a atacar de modo contundente. Y ese ataque, a mi juicio, implicará el cierre del Mar de Mármara… Es decir, del Mar Negro, como consecuencia; de modo que nadie, ninguna embarcación, podrá salir durante mucho tiempo, hasta que el Estrecho sea reacondicionado: todos los barcos que se hallen hacia el Norte de los Dardanelos quedarán embolsados una buena temporada.

—Eso podría afectar a la flota rusa del Mediterráneo —sonrió torcidamente Jullian.

—No —negó Viktor—, porque la flota rusa no está ahora en el Mar Negro, sino precisamente, en el Mediterráneo, así que…

—Exacto —cortó Erika—. ¡Exacto! No olvide el informe de Nikolai: al parecer, Mourka da más importancia a impedir que se pueda entrar por los Dardanelos que salir. En resumen, si ese estrecho es cerrado por una explosión de dos bombas atómicas, cosa que es perfectamente factible, la flota rusa del Mediterráneo se encontrará aislada de sus bases en el Mar Negro durante mucho tiempo. Es muy posible que ése sea precisamente el plan.

—¿Qué ganarían los árabes con ello? Bueno, dando por sentado que este plan haya sido puesto en marcha por los árabes, claro.

—Yo creo que sí —asintió Jullian—: si la flota rusa queda aislada en el Mediterráneo durante seis meses, por ejemplo, quedaría a merced de los abastecimientos de los árabes en…

La radio de Viktor sonó. Éste admitió inmediatamente el contacto.

—¿Viktor? —Oyeron la voz de Nikolai.

—Sí. Escucha, no hagáis nada diferente a lo que os ha ordenado Mourka. Arréglatelas para hablar con el holandés, el francés y el alemán, y diles que están respaldados por sus servicios, igual que tú. Las órdenes son que aceptéis el trabajo que os ha encargado Mourka. ¿Está bien claro, Nikolai?

—Sí, sí. ¿Les digo algo a los otros?

—Si acaso, cuando estéis ya en los Dardanelos, utilizando la radio… Espera un momento —Viktor miró expectante a Erika, que le estaba haciendo señas—. ¿Qué?

—Dígale que cuando hayan avisado todos a las autoridades turcas, que se reúnan, desde luego, pero que no vayan en busca del pesquero Kalansho, sino que se dirijan, por separado, a las ruinas arqueológicas de Thorikon, y que esperen allí todos los días, entre las seis y las siete de la tarde, la solución definitiva para ellos a este asunto.

—Bien —asintió Viktor—, Nikolai, tienes que…

—Ya lo he oído. ¿Quién es ella?

—Lo sabrás a su debido tiempo. ¿Tienes alguna duda?

—No. Y tengo que cortar. Adiós, Viktor.

—Adiós…

Vialef cerró la radio. Hubo algunos segundos de silencio, hasta que Jullian musitó:

—Como iba diciendo, si el Estrecho de los Dardanelos es cerrado la flota rusa del Mediterráneo quedaría aislada en éste durante medio año quizá. Lo cual obligaría a los rusos a recurrir a sus bases o simples… amistades en el Norte de África para toda clase de abastecimientos.

—El problema no parece muy grande para la flota rusa, de todos modos —reflexionó Viktor—, ya que, en efecto, tenemos buenos amigos a los qué recurrir. Y esta situación, si llegase a presentarse, lo único que conseguiría sería incrementar la amistad entre Rusia y los países del Norte de África.

—Lo cual —dijo Kartmo, sonriendo irónicamente— es posiblemente lo que los árabes están buscando. La necesidad rusa de abastecer de todo a su flota del Mediterráneo, los colocaría en una situación de pedigüeños, y seguramente, los árabes sacarían partido de ello, pidiendo cosas a su vez a Rusia… ¿No está de

acuerdo, Erika?

—Sí —asintió ésta—. Yo lo veo como una especie de… chantaje amistoso. Si yo tengo agua almacenada, y dispongo de algún medio para provocar la sed en ustedes, no cabe duda de que mi posición será ventajosa, y podré pedirles muchas cosas. Últimamente, los países árabes y los rusos sostienen unas relaciones que no son precisamente calurosas, y esta situación de la flota rusa podría obligarles a acceder a peticiones que sin duda les harían los árabes. En resumen, es una idea «genial» de los árabes.

—Los muy puercos —masculló Viktor.

—Hay otras posibilidades, también —murmuró Erika—. Si se produjese un nuevo enfrentamiento entre árabes e israelitas, las bases árabes estarían albergando barcos de guerra rusos, y, quizá, los bombardeos ordenados por Israel afectasen a la flota rusa…, en cuyo caso, el enfado de los rusos podría ser definitivo…, y, aparentemente, estaría muy justificado. Quizá lo suficiente para que la flota rusa decidiera replicar a la agresión que la habría involucrado.

Kartmo emitió un silbido, y Jullian se llevó las manos a la cabeza, exclamando:

—Mon Dieu. ¿Qué haría entonces la flota americana del Mediterráneo?

El más pálido de todos era Viktor Vialef; sus ojos giraban de uno a otro de sus colegas, desorbitados.

—En mi opinión —dijo por fin Erika—, nuestro colega Viktor debería estar ya corriendo a alguna emisora de la MVD en Grecia, desde la cual pudiese informar a, Moscú o directamente a la flota rusa.

—Sí —jadeó Vialef—. ¡Sí! ¡Tengo que avisarles, tengo que prevenirles, para que naveguen inmediatamente hacia los Dardanelos, y entren en el Mármara y seguidamente en el Mar Negro, antes de que el Estrecho sea cerrado!

—A mí me parece acertado —asintió Jullian.

—Y a mí —apoyó Kartmo—. Pero hay algo que quisiera comentar con ustedes antes de que el colega Viktor se vaya: ¿está esto relacionado con el robo de las dos bombas atómicas a la OTAN? Y si es así: ¿por qué? ¿Qué necesidad tienen los árabes de robar dos bombas atómicas? ¿Acaso ellos no disponen de las

suficientes para este asunto?

—Sin ninguna duda —dijo secamente Erika—. Pero recapacite, Kartmo: después de un robo tan magistral e inexplicable… por ahora, de esas dos bombas a la OTAN, ¿qué pensarían todos cuando dos bombas cerrasen el Estrecho de los Dardanelos?

—¿Qué pensarían…? No sé. ¡Demonios, no lo sé! ¿Qué pensarían?

—Pues pensarían que, dada la aparente imposibilidad de que esas bombas hayan sido robadas a la OTAN, todo esto es una maniobra de ellos para escamotear dos bombas del silo, lanzarlas sobre los Dardanelos, y decir luego que no tienen nada que ver con el asunto, que esas bombas las han lanzado las personas que las robaron, y que la OTAN no es culpable. Pero todo el mundo pensaría lo contrario pensaría que es una criminal maniobra de la OTAN, que, atemorizada por el creciente poderío naval soviético, ha querido aislar la flota del Mediterráneo de sus bases madre en el Mar Negro…

—¡La madre que los parió! —aulló Jullian.

—Un momento —intervino Kartmo—. Nos olvidamos de los espías de alquiler. En determinado momento, cualquiera de ellos, o todos, dirían la verdad: que habían sido contratados por los árabes. De este modo, los árabes recibirían una grave acusación por parte de los rusos y de la misma OTAN.

—Cierto —asintió Erika—. Siempre y cuando esos pobres espías alquilados pudiesen hablar.

—¿Qué quiere decir?

—Por el amor de Dios… ¿Por qué cree usted que les he dicho que no acudan al encuentro del pesquero Kalansho, sino que se reúnan todos lejos de los Dardanelos?

—¿Los habrán matado los del pesquero?

—Naturalmente —refunfuñó Erika—. ¿Qué otra cosa?

—Me voy —exclamó Viktor Vialef—. ¡Me voy! Bueno, Erika, necesito la lancha, y…

—Pero, hombre, ¿de qué se preocupa? No necesito para nada su lancha… ¡Corra a avisar a Moscú!

—Sí… Sí, sí… Bueno, yo… ¡Gracias a todos!

Kartmo y Jullian soltaron, un gruñido, y Erika le guiñó un ojo al ruso.

—Buena suerte, colega.

—Gracias… De nuevo gracias a todos… ¡Adiós!

Viktor Vialef, agente de la MVD soviética, echó a correr en dirección a Agia Marina, observado por Erika, Jullian y Kartmo. Lo perdieron muy pronto de vista, y entonces, el holandés miró a la bellísima alemana.

—¿Tiene usted alguna buena idea respecto a lo que podemos hacer nosotros?

—Naturalmente —sonrió *fraulein* Schenk.

* * *

Casi dos horas más tarde, Mourka se despedía del último espía que había alquilado en Europa; precisamente, el italiano Manfredi, que se dirigió también hacia el embarcadero de Agia Marina, para reunirse con sus compañeros en una de las dos lanchas que Mourka tenía dispuestas allí.

Y cuando ya Manfredi, cargado con su equipo, estaba lejos de la casa, Mourka dejó de contemplarlo desde una ventana, y se volvió hacia sus hombres, sonriendo.

—Voy a llamar a Ahmed y kumel, para que vengan a recogerme. Preparad vuestras cosas para marcharos también en cuanto yo lo haya hecho.

Los cuatro árabes asintieron, y Mourka, sin dejar de sonreír, fue hacia el dormitorio donde tenían instalada la pequeña emisora. Consiguió contacto en pocos segundos.

—¿Kumel? —inquirió.

—Sí. Hemos visto a los espías de alquiler yendo hacia el embarcadero. ¿Todo está bien?

—Todo ha salido perfecto —rió Mourka—. No podemos tener la menor duda de que esos hombres, o algunos de ellos, avisarán a sus respectivos servicios secretos, para cubrirse de gloria en su jubilación. Los servicios secretos, a su vez, les indicarán que, por supuesto, deben avisar a las autoridades turcas, o bien, lo harán directamente ellos mismos, y todos se pondrán a buscar el Kalansho.

—¡Que lo busquen! —rió Kumel.

—Eso, que lo busquen —rió también Mourka—. Mientras tanto,

será cosa de risa ver a la flota rusa navegando a toda máquina hacia los Dardanelos, para llegar al Mar Negro antes de que el Estrecho sea cerrado.

—¿Crees que picarán el anzuelo?

—Naturalmente… Ellos creen que se trata de impedirles entrar, cuando la verdad es que se trata de que naveguen a toda máquina hacia el Mar Negro…, para dejarlos embolsados allí durante meses y meses. Quizá la flota rusa tarde un año en volver a navegar por el Mediterráneo. Con lo cual, nosotros habremos cumplido nuestro contrato, y sólo tenemos que ir a Roma a cobrar… ¿Habéis visto el yate?

—Desde luego. Ahmed y yo nos dimos una vuelta con el coche hasta Egina. El yate está allí, esperándonos. Navegaremos directamente hacia el Estrecho de Corinto, pasaremos por los Golfos de Lepanto y Parras, y… ¡directos a Roma!

—Tres millones de dólares —a Mourka se le hacía la boca agua —. ¡Y adiós al peligro para siempre! ¡Se acabó arriesgar el pellejo por nada!

—Tienes razón… Acabamos de cometer la gran cochinada al traicionar a los nuestros, pero nos espera una vida de millonarios. ¡Que los demás se espabilen también!

—Si saben y pueden. Bien… ¿Cuánto vais a tardar en pasar a recogerme con el coche para ir a Egina?

—Calcula entre diez y quince minutos.

—Magnífico. Hasta ahora.

Mourka cerró la radio, y salió del dormitorio, cargando con ella. En el saloncito, la metió dentro de una maleta, tras desmontarla parcialmente. Sus cuatro cómplices le observaban en silencio. Cuando terminó, miró hacia ellos, cerrando la maleta.

—¿Habéis repasado bien? ¿No nos dejamos nada?

—Nada, Mourka.

—De acuerdo. Van a venir a buscarme dentro de unos minutos. Luego, vosotros…

Los cinco árabes se sobresaltaron, respingaron fuertemente, al oír de pronto el tintineante sonido de cristales rotos. Fue todo tan rápido, que la situación estaba decidida antes de que hubiesen conseguido comprenderla: los cristales de las dos ventanas delanteras de la casa habían saltado en pedazos, y, mientras éstos

caían al interior, lanzando destellos, una pistola provista de silenciador apareció en cada ventana, en los huecos dejados por los cristales…

—¡Quietos! —ordenó una voz, en inglés.

Capítulo VIII

La voz fue la que, en definitiva, los orientó. Los cinco miraron hacia aquella ventana, y vieron la mano empuñando la pistola; detrás, una rubia cabeza, un rostro arrebolado, unos ojos claros y fríos fijos en ellos. En la otra ventana, aparecía la cabeza de otro hombre, de cabellos negros y ojos oscuros, expresión ceñuda, casi rabiosa.

Mourka palideció. Evidentemente, no todo había sido previsto… Según sus cálculos, los servicios secretos a los que habían pertenecido los espías de alquiler, debían mantenerse alejados, esperando los informes que los viejos espías les enviarían por medio de pequeñas radios… Eso sí estaba previsto. Pero no que los servicios secretos, representados ahora oficialmente por jóvenes agentes en activo, actuasen de modo directo. Considerando que era comprometido colocar agentes cerca de los espías de alquiler, los respectivos servicios secretos debían haberse mantenido alejados, esperando… ¡Y estaban allí! ¡Ni siquiera había podido disponer de los quince minutos que necesitaba para escapar…!

Súbitamente, la sangre se agolpó en la cabeza de Mourka, impulsada por un acceso de furia. Lanzó un grito en árabe, y llevó la mano derecha a su pistola…

Plop.

El grito de Mourka se convirtió en alarido cuando la bala le alcanzó en el hombro derecho, y le hizo girar violentamente, derribándolo al fin.

Desde la otra ventana, Jullian disparó también, contra otro de los árabes, que estaba sacando la pistola. La bala le dio en el centro de la frente, y lo tiró de espaldas, con los pies hacia arriba… Desde su ventana, Kartmo volvió a disparar, ahora contra el tercer árabe, que había sacado ya su pistola; pistola que salió lanzada hacia el techo cuando la bala disparada por el holandés se hundió en el

pecho del árabe y pareció arrancarlo del suelo…

Los otros dos salían ya corriendo del saloncito, mientras las cabezas de Jullian y Kartmo desaparecían de las ventanas. Ambos árabes estaban ya cerca de la puerta, sacando sus pistolas, cuando la puerta se abrió, y apareció la hermosa muchacha rubia de ojos verdes, empuñando una pequeña pistola, que apuntó hacia ellos.

—¡No se muev…!

Plop, disparó uno de los árabes.

La rubia estaba ya de rodillas en el suelo. Su pequeña pistola emitió un chasquido apenas audible, y la bala penetró en un ojo del árabe. Inmediatamente, la rubia disparó su pistola hacia el otro árabe, que la estaba apuntando… El hombre lanzó un berrido cuando su mano pareció recibir un latigazo, y la pistola saltó de ella…, acompañada de tres dedos y un surtidor de sangre.

Berreando como una bestia, el árabe se dejó caer de rodillas, escondiendo su mano derecha en el sobaco izquierdo, manchándose profusamente de sangre… Kartmo y Jullian aparecieron detrás de la rubia, desencajados los rostros, dispuestos a disparar. En una milésima de segundo, captaron la situación.

—¿Está bien? —gritó Kartmo.

Erika se puso en pie, asintiendo con la cabeza, y señalando al árabe herido.

—Atiéndalo. ¿Y Mourka?

—Está herido —dijo Jullian—. La… ¡La pistola! ¡Tiene la pistola a su alcance!

En su precipitación por acudir a ayudar a Erika a enfrentarse con los dos árabes que iban a salir de la casa, Jullian y Kartmo habían olvidado este detalle. Con una sola mirada, se comprendieron, y mientras Kartmo corría hacia el saloncito, adelantándose impetuosamente a Erika, Jullian volvía a salir corriendo de la casa.

Fue Jullian quien acertó: Mourka había recogido la pistola, en efecto, pero no se había dirigido hacia la puerta, sino hacia una de las ventanas, que abrió, y por la cual saltó al exterior. En el momento de salir Jullian, Mourka corría, alejándose, volviendo la cabeza, mostrando su desencajado rostro…

—¡Mourka! —gritó Jullian—. ¡Deténgase o voy a disp…!

Mourka disparó antes, demostrando una vez más que nunca, en

situaciones como aquélla, había que perder el tiempo hablando. La bala acertó a Jullian en el muslo derecho, un palmo por encima de la rodilla, derribando sentado al espía francés. Lívido el rostro, éste apuntó con firmísimo pulso hacia la espalda de Mourka, que seguía corriendo, dejando un rastro de gotas de sangre…

Plop.

Mourka lanzó un grito, describió una vuelta en el aire hacia delante, empujado por la bala que le había acertado en la nuca, y cayó de bruces, fulminantemente muerto. En ese mismo instante, Erika aparecía en la puerta, y captaba la situación en una milésima de segundo. Se guardó la pistolita en el escote, y corrió hacia Jullian, arrodillándose ante él.

—Jullian, ¿está…?

—Estoy bien. Ha sido en la pierna.

Kartmo estaba saltando por la ventana. Llegó junto a ellos, pero Erika no le dio tiempo a decir nada, señalando hacia Mourka.

—Tráigalo a la casa. Yo ayudaré a Jullian.

Cuando Kartmo entró en el saloncito, después de pasar junto al árabe herido en la mano, que se había desvanecido, Erika estaba arrodillada delante de Jullian, que se había sentado en uno de los sillones. Kartmo descargó de sus hombros el cadáver de Mourka, y se acercó.

—¡Malditos sean estos idiotas! —vociferó—. ¿Es que sólo saben resolver las cosas a tiros?

—Vaya a buscar al otro, átelo bien, y vea de despertarlo —dijo Erika, sin mirarlo, mientras rasgaba el pantalón de Jullian y comenzaba a arrancar la pernera—. Pero antes tráigame mi maletín, que he dejado junto a la puerta.

—Bien.

El holandés regresó en pocos segundos, y se quedó mirando el sangriento boquete en la pierna del francés. Movió la cabeza con gesto de pesar, y al mismo tiempo de irritación.

—¿Ha tocado el hueso? —preguntó.

—No —negó Erika—. La bala ha atravesado limpiamente el muslo.

—Pues a eso le llamo yo tener suerte. ¿La ayudo?

—No. Ocúpese del árabe. Quiero tenerlo listo para interrogarlo cuando termine con Jullian. Acérqueme esa mesita.

El holandés obedeció, y Erika colocó encima el maletín, que abrió.

—No es precisamente un botiquín —dijo—, pero siempre llevo lo mínimo para una cura de urgencia.

—Póngame un parche de cualquier manera —mascculló Jullian —. En El Pireo tengo amigos que me proporcionarán un médico.

—De acuerdo.

El «parche» consistió en el amontonamiento de varios apósitos, que fueron sujetados por una fina venda, y finalmente sujetos con tiras de esparadrapo color carne…

—Ese tipo está despierto —dijo Kartmo—. Vaya, ha quedado bonito, ¿eh?

—Muy gracioso —farfulló Jullian.

—El gracioso es usted —replicó Kartmo, sonriendo—. ¿Cómo se le ocurrió la feliz idea de ponerse a charlar con Mourka en lugar de meterle directamente la bala en el pescuezo?

—Al parecer —lo miró un tanto hoscamente Erika—, usted olvida que quedamos en que convenía atrapar vivo a Mourka. Dígame cómo vamos a conseguir ahora que nos dé algunas explicaciones que, a fin de cuentas, era lo que pretendíamos.

—Tenemos uno vivo —encogió los hombros Kartmo—. Y ya verá cómo lo convencemos de que nos diga lo que sabe.

—Si sabe tanto como debía saber Mourka, todo irá bien. Pero lo dudo.

El holandés refunfuñó algo, vencido por la lógica de las palabras de Erika. Fue por el árabe herido, que estaba lívido como un cadáver; su mano derecha colgaba convertida en un rojo pingajo, que iba dejando gotas tras él. Erika movió la cabeza con gesto de pesar, y, tras contemplar la mutilada extremidad del árabe, procedió a hacerle una rápida cura de urgencia, más o menos parecida a la de Jullian; esto, sin soltarle las manos, por supuesto.

—Es una chapuza —se disculpó *fraulein* Schenk, mirando al árabe—, pero aguantará hasta que consigamos un médico… Habla usted inglés, claro.

—Sí… Sí.

—De acuerdo. Tal como están las cosas, quizá lo mejor fuese marcharnos de aquí, pues no creo que venga nadie que nos interese… ¿O sí?

—No, no… No.

—Está mintiendo —se adelantó Kartmo; asió al árabe por la ropa del pecho, y casi lo alzó del suelo—. Escucha, puerco asqueroso, si empiezas con mentiras te voy a rociar con gasolina y vas a brillar más que el faro de Alejandría, ¿me entiendes? ¿Ha de venir alguien o no?

—Sí… ¡Sí, sí, sí!

—¿Quién y cuándo?

—Ahmed y Kumel… Ellos y Mourka eran los jefes del grupo, los que lo dirigían todo… Ahora decían que ya habían terminado, y que se irían en yate a Roma, para cobrar…

—¿Ya han terminado? —Se pasmó Erika—. ¿Y tenían que ir a Roma en un yate? ¿Cuál yate?

—No sé el nombre. Sólo lo saben ellos… Nosotros, los demás, teníamos que marcharnos por separado, y encontrarnos dentro de quince días en Argel.

—¿Con Mourka, Ahmed y Kumel?

—Sí.

—¿Con nadie más?

—Con nadie más. Ellos ya habrían cobrado, y nos pagarían.

—¿Les pagarían ellos? ¿No el Moukhabarat?

—No, no… Ellos: Mourka y los otros dos.

—¿Ya ellos quién había de pagarles, en Roma?

—No lo sé. ¡No lo sé, no nos daban explicaciones, sólo hacíamos pequeñas cosas…! ¡Ellos son los que lo saben todo!

—¿Cuándo van a venir Ahmed y Kumel a recoger a Mourka?

—Pronto… En seguida, ya deben estar muy cerca…

Erika Schenk se pasó la mano por la barbilla, muy pensativa. No lo entendía. No entendía lo que aquel hombre estaba diciendo. Mejor dicho, lo entendía, pero… no encajaba. Cuando miró a Jullian y a Kartmo, ellos la estaban mirando a su vez fijamente. Kartmo alzó las cejas.

—Demuéstrenos que es más lista que nosotros —murmuró—. ¿Usted lo entiende?

—No —negó Erika—. Francamente, no. Pero si…

Se calló bruscamente, y quedó inmóvil. Tres segundos más tarde, los espías oían lo mismo que ella.

—Llega un coche —dijo Jullian.

Kartmo corrió hacia una ventana, miró hacia el exterior, y volvió la cabeza, asintiendo. Luego, volvió a mirar el negro vehículo que se acercaba lentamente a la casa, alzando una nube de polvo en el estrecho camino.

—¡Pronto! —exclamó Erika—. ¡Vamos a esconder a estos hombres…! ¡Kartmo, abra la otra ventana también, que no se vea que tiene rotos los cristales…! ¡Quiero que entren en la casa en busca de Mourka! ¡Y esta vez, no quiero muertos! ¿Está claro?

El holandés dirigió una mirada un tanto mosqueada a la espía alemana, pero acabó por sonreír. Jullian renqueaba penosamente para salir del saloncito, por si a los hombres que llegaban se les ocurría mirar por la ventana… Erika y Kartmo sacaron de allí rápidamente los cadáveres. El holandés empujó al árabe prisionero.

—Camina hacia allí. Y como se te ocurra gritar, o avisar de alguna manera… —Frunció el ceño de pronto—. ¿Sabes qué te digo, amiguito?: que no quiero correr ese riesgo.

El enorme puño derecho del holandés se incrustó en la barbilla del árabe, que puso los ojos en blanco y saltó hacia atrás, desvanecido. Kartmo lo asió por un pie, y tiró de él, reuniéndose con Erika y Jullian en el vestíbulo. Erika señaló la puerta, y Kartmo fue a colocarse a un lado. Jullian se sentó en el suelo, y empuñó la pistola, apuntando hacia la puerta… Erika asintió tras comprobar que todo estaba a su gusto, y fue a colocarse al otro lado de la puerta, y sacó su pistolita.

—No lo olvide, Kartmo —susurró—, los quiero vivos.

—Esperemos que sea posible… Ya han llegado.

Efectivamente, ya no se oía el zumbido del motor. No se oía nada. Absolutamente nada. Y la puerta no se abría, ni nadie llamaba a ella. El silencio era total. Kartmo abrió la boca, pero Erika se dio cuenta, y le ordenó callar con un gesto…

Los tres espías respingaron, sobresaltadísimos, cuando de pronto, llegó a sus oídos el fuerte toque de claxon, repetido rápidamente. Acto seguido, llegó una voz de hombre, en árabe… Lo único que entendieron fue el nombre de Mourka.

—Están dentro del coche —susurró Jullian—. Lo están esperando, no va a entrar… ¡No tienen intenciones de entrar en la casa!

Erika se acuclilló delante de la puerta, y acercó un ojo al agujero

de la cerradura. Cierto: el coche estaba detenido delante de la casa y, un poco a la derecha, bajo el tejado rojo que sombreaba el descuidado porche elevado un par de escalones sobre el nivel del jardín. Era mediodía, y el sol caía a plomo, como auténtico fuego, así que no era sorprendente que Ahmed y Kumel hubiesen elegido aquel lugar sombreado…

—¿Qué hacemos? —Gruñó Kartmo—. Si no reciben respuesta en unos segundos, van a desconfiar.

—Y si salimos por ellos —musitó Erika—, o bien se va a organizar un tiroteo, o van a dar marcha atrás, para escapar de aquí… No podríamos alcanzarlos ya.

—Soy partidario de…

El rugido del motor interrumpió a Kartmo. Jullian lanzó una exclamación, y comenzó a intentar ponerse en pie.

—¡Se van! ¡Han comprendido que pasa algo!

Erika abrió la puerta de un tirón, colocándose a un lado. El rugido del motor se oyó con más claridad, muy fuerte… Kartmo la apartó, y cruzó el umbral, alzando su pistola… Erika salió tras él.

En aquel momento, el coche estaba terminando de dar la vuelta, volviendo la parte de atrás hacia la casa. Por una fracción de segundo, Kartmo y Erika vieron a los dos árabes que ocupaban el asiento delantero; al mismo tiempo, los dos árabes los veían a ellos, y sus ojos se abrían expresando asombro y alarma… Un instante después, el coche salía disparado…

—¡A las ruedas! —gritó Erika.

Justo entonces, lejos, encima del coche teniendo en cuenta la perspectiva, apareció el helicóptero, acercándose. Kartmo no lo vio, pues estaba disparando hacia la nube de polvo que envolvía el coche, mientras maldecía furiosamente por no poder ver bien las ruedas y afinar la puntería…

—¡Kartmo, cuidado! —gritó Erika—. ¡Me parece que les llega ayuda…! ¡Entre en la casa!

El holandés alzó la cabeza, y lanzó otra maldición al ver el helicóptero acercándose velozmente… Erika lo asió de un brazo, y tiró de él hacia el interior de la casa.

—¡Deje el coche! ¡Pueden ametrallarnos desde el helicóptero! ¡Vamos, entre ya!

El holandés obedeció, de mala gana, resistiéndose. Pero entraron

en la casa… Casi en la misma puerta, presenciaron de qué modo el helicóptero ayudaba a Kumel y Ahmed. Fue una «ayuda» verdaderamente extraordinaria: el aparato llegó a colocarse encima del coche, a unos quince metros de altura… Y un segundo después, el coche saltaba reventado, convertido en una bola de fuego y de humo negrísimo, que por un instante oculto al helicóptero…

—Por mi madre —jadeó Kartmo—. ¡Los han destrozado con una bomba…, con un paquete de granadas, o algo así…! ¡Y ahora, el helicóptero viene hacia nosotros…!

—Ayude a Jullian a salir de la casa —dijo Erika, con voz tensa… ¡Por la parte de atrás, por alguna ventana! ¡Pronto!

El holandés solucionó el asunto del modo más rápido posible: se cargó al francés en el hombro derecho, y corrió hacia el fondo de la casa…, mientras Erika corría hacia el saloncito, recogía el maletín, cerrándolo a toda prisa, y acto seguido, saltaba por una ventana. Corriendo, rodeó la casa, pasando bajo el tejadillo del porche donde poco antes había estado el coche, a la sombra… Dobló la esquina, llegó atrás, y vio a Kartmo saliendo por una ventana, con Jullian a cuestas.

—A las higueras —señaló Erika—. ¡Corramos hacia allí!

Las higueras estaban a unos veinte metros por detrás de la casa. Cuando Kartmo llegó, Erika ya estaba arrodillada ante su maletín abierto, y estaba ensamblando a toda prisa las tres patas de aluminio de lo que se suponía era un trípode para cámara fotográfica. Kartmo la miró, parpadeo, y desvió la mirada hacia la casa…, por encima de la cual estaba ya el helicóptero.

Esta vez sí vio el paquete que se desprendió del aparato. El techo de la casa saltó despedazado, lanzando cascotes a todos lados. Un golpe de viento caliente llegó hasta los espías mientras el centro de la casa se convertía en una hoguera de la que brotaba abundantemente el negro humo…

—Son granadas incendiarias —jadeó Kartmo—. ¡Maldita sea la madre que los…!

—Nos van a ver —dijo Jullian—. Es inevitable. Corran ustedes, déjenme aquí. Yo me las…

—Cierre la boca —refunfuñó Erika, colocando en un extremo del tubo de aluminio la culata del secador de cabello a pilas—. Y usted, sostenga esto.

Kartmo se encontró en las manos el tubo-fusil, que contempló con desconcierto. Erika sacó unas ampollas que también parecían de aluminio del doble fondo de un tarro de maquillaje, las dejó en el suelo, recuperó el tubo-fusil, y metió por la boca una de las pequeñas ampollas…

El helicóptero estaba dando una vuelta alrededor de la casa. En efecto, sus ocupantes se disponían a asegurarse de que no quedaba nadie vivo por allí.

Fraulein Schenk alzó el tubo-fusil, apuntó un instante, y apretó el disparador.

A unos cuarenta metros, mientras describía un arco por el otro lado de la humeante casa, el helicóptero se convirtió en una bola perfecta, bonita, roja y morada… de fuego. En una milésima de segundo, el aparato quedó envuelto en la llamarada, y se precipitó hacia el suelo. Los tres espías lo vieron desaparecer detrás de la casa, y en seguida, oyeron el gran estruendo, y pequeñas llamas pasaron volando en todas direcciones…

—*Mon Dieu…*! —tartamudeó Jullian, atónito.

Erika Schenk sacó del maletín la pequeña radio, y apretó el botón de llamada.

—¿Simón?

—¡Gracias a Dios! —Oyeron Jullian y Kartmo la exclamación de alivio, en inglés—. ¿Está bien? ¡Hemos visto pasar un helicóptero, pero no sabíamos…!

—Tranquilícese. Ya hablaremos de eso: ahora, lo que necesitamos es que nos ayude a escapar de la isla inmediatamente.

Capítulo IX

Alexandria llegó a El Pireo dos días más tarde, y no tuvo la menor dificultad para reunirse con *fraulein* Schenk. Simplemente, llamó por la radio que ella le había entregado días antes, ya colocada la onda que la CIA utilizaba en Grecia, y veinte minutos más tarde, un Simón pasó a recoger al espía alemán con un coche, para llevarlo al chalet cerca de Ellinikon, donde la agente Baby había instalado su cuartel general, dirigiendo a todos los agentes de la CIA concentrados en una amplísima zona, y manteniendo constante contacto por radio con los residentes en Turquía, la mayor parte de Istanbul, que se habían trasladado al Estrecho de los Dardanelos…

Wilhem von Steinheil llegó sosegadamente, besó los labios de Erika Schenk, y se sentó a su lado, en el sofá.

—No tengo champaña para ofrecerte —sonrió ella—. ¿Te parece bien *whisky*?

—Si es con hielo, sí.

Fraulein Schenk miró a uno de los Simones, que asintió con un gesto, y salió del saloncito. Tres Simones más, uno de ellos sentado ante una emisora, estaban vueltos hacia el espía alemán, mirándole con curiosidad, sabiendo ya perfectamente quién era y qué significaba aquel hombre para la agente Baby: uno de sus mejores y más antiguos amigos, conseguido a lo largo de su vida de espía.

—¿Cómo están las cosas por aquí? ¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Von Steinheil.

Baby procedió a darle una cumplida explicación, exacta y perfecta en todos sus puntos. Luego, vino la parte que, como a ella, sorprendió a Alexandria:

—Ahora bien, los dos hombres que había en aquel helicóptero, no eran árabes.

Von Steinheil ateo las cejas.

—¿No? Bueno, precisamente estaba pensando que debían serlo: enviados por el servicio secreto árabe para eliminar a los hombres que podían proporcionarnos una pista: Mourka, Ahmed y Kumel…

—No eran árabes. Eran blancos.

—Bien… Es extraño. ¿Has conseguido saber quiénes eran?

—No. Intentamos rescatarlos de los restos del helicóptero, pero fue imposible. Luego, llegó Simón a recogernos, para alejarnos de allí… Posteriormente, se intentó encontrar documentaciones o algo revelador en los cadáveres o en el helicóptero, pero no fue posible. Sólo sabernos que eran blancos: franceses, alemanes, italianos, norteamericanos, españoles, griegos… ¡Cualquiera sabe!

Durante unos segundos, Wilhem von Steinheil permaneció pensativo, evidentemente desconcertado.

—Bien… Quizá encontremos la explicación. ¿Qué ha pasado con tus colegas Viktor, Kartmo y Jullian?

—Cada cual está con los suyos ahora. La… alianza terminó, y nos separamos, eso es todo.

—La prensa mundial está que echa fuego. Al parecer, la flota rusa está navegando a toda velocidad hacia los Dardanelos, y se espera que lleguen antes de que aparezca ese pesquero llamado Kalansho… Naturalmente, ya sabes que Kalansho es el nombre de un desierto de Libia.

—Sí. Lo cual hace suponer que ese pesquero es de nacionalidad libia; árabe, por tanto. Sin embargo, pese a la búsqueda que se está efectuando por todo el Mediterráneo oriental, ese pesquero no ha sido divisado por nadie, Wilhem.

—¿Crees que se han echado atrás?

—Podría ser eso, naturalmente. Y los rusos, por lo que pueda ser, vuelan hacia los Dardanelos: quieren entrar en Mármara antes de que esas dos bombas lleguen a caer. Es más: se apresurarán a cruzar el Canal del Bósforo hacia el Mar Negro, por si los planes fuesen variados y las dos bombas, en lugar de ser lanzadas sobre los Dardanelos, cayesen sobre el Bósforo.

—Por Dios… —exclamó Von Steinheil—. ¡Esa zona no ha sido evacuada!

—No… —musitó Brigitte Montfort, alias Baby, alias Erika Schenk—. No ha sido evacuada. Un momento.

Se quedó mirando hacia el agente que atendía la radio, de la que

había brotado una llamada. El agente de la CIA la atendió. Al terminar, miró a Baby.

—Los rusos están a unas seis horas de los Dardanelos. Van a toda velocidad, con unidades pequeñas desplegadas en protección y vigilancia… Seguramente, llegarán allá a medianoche;… Todavía ni rastro de Kalansho.

—Está bien —murmuró Baby; permaneció pensativa unos segundos y, de pronto, miró a Von Stenheil—. Bien, ¿has conseguido algo en Alemania?

—No. Las bombas no aparecen, todavía no se sabe cómo han sido robadas y, realmente, la posibilidad de encontrar al supuesto traidor es remota. La situación, a este respecto, es bien clara: o sospechamos de todos, o no sospechamos de nadie. Sin embargo…

Baby miró vivamente al espía alemán.

—¿Qué? —exclamó.

—Me gustaría dar un paseo por ahí fuera, para estirar las piernas.

El silencio que siguió a las palabras de Alexandria fue en verdad notable. Todos le miraban fijamente y, por parte de los agentes de la CIA, con cierta animosidad, porque comprendían que el espía alemán quería hablar a solas con Baby.

—Vamos, Wilhem… —sonrió, de pronto, Erika—. Sabes perfectamente que mis compañeros…

—Quiero dar un paseo —insistió Von Stenheil.

—De acuerdo.

Salieron del chalet al pequeño jardín. Von Steinheil encendió dos cigarrillos y ofreció uno a Erika.

—Sin embargo —murmuró—, hay una serie de pequeñas coincidencias que me ha llamado la atención. No me preguntes por qué, ni me preguntes cómo me he ido enterando de esos detalles, porque ha sido todo casualidad, y sin que les concediese relieve alguno. Por otra parte…

—Wilhem, ¿qué has sabido?

—Bien… He sabido que el general norteamericano Donald Harriman estuvo hace unas tres semanas en Ingolstadt.

Baby parpadeó.

—¿En Ingolstadt? —susurró.

—Sí.

—Bien… Allí fue donde Mourka contrató a Klauberg, ¿no es así? —Erika volvió a parpadear—. ¿Qué estás tratando de decirme, Wilhem?

—Espera. Ya te he dicho que todo fue una casualidad. En realidad, me enteré indirectamente. Primero, supe que quien había estado allí hace unas tres semanas fue el coronel Phileas Newcombe, británico.

—¿Por las mismas fechas?

—Parece ser que sí.

—¿Qué más?

—Bueno… Me fijé en ese detalle porque leí que uno de los altos jefes alemanes había estado en Ingolstadt, precisamente por esas fechas. Entonces recordé que también había estado el coronel británico. Luego, supe que había estado el general Harriman… De ahí, me fui enterando de que, por esas fechas, un total de nueve altos jefes de la OTAN habían estado en Ingolstadt.

—Dios mío…

—Yo no me he atrevido a pensar lo que tú estás pensando —musitó Von Steinheil.

—Pero… ¡no puede ser!

—Yo no he dicho que lo sea. Tú me pediste ayuda, yo he hecho algunas investigaciones, recurriendo a mis propios medios…, y esto es lo que puedo decirte. Lo siento, Brigitte.

—Pero… ¿para qué estuvieron allí, en Ingolstadt, esos altos jefes de la OTAN? ¿Qué fueron a hacer? ¿Se trataba de algo oficial?

—No. Y, al parecer, nadie dio explicaciones sobre su viaje allá. Simplemente, salvo que mis informes estén muy equivocados, todos estuvieron allá un fin de semana. Nueve. Tengo sus nombres en la mente… ¿Los quieres?

—Espera… No digas nada más. Tengo que serenarme, tengo que reflexionar…

—No dispones de mucho tiempo. La flota rusa tardará sólo seis horas en entrar en los Dardanelos. A partir de ese momento, puede ocurrir cualquier cosa.

Baby permaneció inmóvil como una estatua un par de minutos… durante los cuales, lentamente, su palidez fue aumentando. De pronto, dio media vuelta, y se dirigió hacia la casa, en la cual entró seguida por Alexandria.

La espía se dirigió al Simón que atendía la radio:
—¿Podemos comunicar con Alemania?
—Sí, desde luego.
Hágalo. Y curse esta orden mía.

* * *

A la una y media de la lluviosa madrugada, el general norteamericano Donald Harriman decidió que si la señorita Montfort no había aparecido a las dos, él regresaría inmediatamente en coche a Alemania. Y que la CIA se lo tomase como le viniese en gana. Ya había hecho demasiado atendiendo al agente que le había visitado para pedirle que, con la máxima urgencia, saliese de Alemania hacia Viena donde, en el mismo lugar que la primera vez, debía esperar a la señorita Montfort a partir de las doce de la noche…

Sólo que, a la una y media, la señorita Montfort todavía no había aparecido, y el general estaba molesto y nervioso. Decididamente, si a las dos no había llegado, él se iría.

Afuera seguía lloviendo, mansamente. Sobre el techo del coche, las gotas, menudas, repicaban de un modo que casi era música. Los cristales estaban empañados. El asfalto de la estrecha carretera relucía cada vez que un coche pasaba cerca de donde Harriman había detenido el suyo. Sólo que no pasaban muchos. En realidad, habían pasado tres, desde las doce.

Cuando apareció el cuarto, Harriman pensó que tampoco aquél se detendría, y que tendría que seguir allí hasta las dos… Pero esta vez se equivoco. El coche se detenía segundos después delante del suyo, tras el intercambio de señales con las luces. Al volante, Harriman distinguió la silueta de un hombre. Pero éste no salió del coche. Se abrió una portezuela de atrás, que chascó apagadamente…

Segundos después, la señorita Montfort se sentaba junto a Donald Harriman, que estaba ante el volante. El general miró inquisitivamente a la espía, apenas una sombra junto a él. Podía ver el brillo de las gotas de lluvia en su cabeza, algunas en la mancha clara de su rostro…

—No estoy acostumbrado a que me hagan esperar, señorita

Montfort.

—Lo siento. Tuve que salir de Atenas sin haber reservado pasaje en ningún vuelo, y eso no fue fácil. Pero como no quiero aburrirle con detalles tontos, pasaré directamente al asunto, general. Precisamente, podríamos empezar por Atenas.

—Muy bien. ¿Qué ocurre en Atenas?

—Ya, nada. Todo ocurrió hace dos días y medio. Voy a procurar ser muy breve, general… ¿Me permite? —La señorita Montfort encendió la luz interior del coche, y entonces pudieron verse a la perfección—. ¿Recuerda, general, que me despedí de usted diciéndole que me iba a Atenas?

—Sí… En efecto, lo recuerdo.

—¿Y sabe una cosa que, en el fondo, me tenía sorprendida, aunque sin comprenderlo yo misma, sin darme cuenta exacta de que estaba sorprendida?

—¿Qué cosa?

—Pues que cuando le dije a usted que me iba a Atenas, lo aceptó con toda naturalidad, sin sorpresa alguna.

—¿Debía sorprenderme? —Alzó las cejas Harriman.

—Estudiemos la situación: han robado dos bombas atómicas del silo de una base de la OTAN en Alemania, se están realizando investigaciones por el centro de Europa preferentemente… y yo le digo a usted, sin más, que me voy a Atenas. ¿No cree usted que eso debió sorprenderle?

Harriman se pasó la lengua por los labios.

—Quizá —susurró—. Pero, francamente, no veo qué tiene de sorprendente viajar a Atenas.

—Tampoco tiene nada de sorprendente pasar el fin de semana en Ingolstadt —replicó Brigitte, vivamente—. Pero yo me sorprendí cuando supe que nueve altos jefes de la OTAN habían pasado allí, privadamente, un fin de semana, hace tres… ¿Se encuentra bien, general?

Donald Harriman estaba lívido como un cadáver.

—Sí… Estoy bien… ¿De qué está usted hablando?

—Estoy hablando de su fin de semana en Ingolstadt. ¡Qué casualidad! También estuvo allí ese mismo fin de semana el coronel británico Phileas Newcombe… ¿No lo vio usted allí?

—No… No.

—¿No? Bueno, quizá viese a alguno de los otros siete. Por ejemplo, el coronel Werner Bergen… ¿Tampoco lo vio a él?

—No, no… No, a ninguno.

Brigitte Montfort suspiró profundamente.

—General Harriman, voy a decirle a usted por qué no se sorprendió cuando le dije que me iba a Atenas. No se sorprendió porque usted sabía que Mourka había contratado a algunos viejos espías, algunos de los cuales habrían comunicado a su servicio que Mourka estaría en Atenas, exactamente en el bar llamado Panakitekos, de El Pireo. Usted y los otros siete jefes de la OTAN sabían perfectamente esto, porque fueron ustedes quienes contrataron a Mourka, Ahmed y Kumel para…

—Usted está loca —jadeó Harriman.

—No lo creo. ¡Por Dios, es una jugada horrenda, diabólica…! Ustedes lo han arreglado todo, contratando a: Mourka, quien a su vez tenía que contratar a esos viejos espías, que se apresurarían a informar a sus servicios… También enviaron dos hombres a Grecia para que, cuando todo estuviese ya en marcha, matasen a Mourka y sus dos amigos. Vigilaban a éstos, que fueron con el coche a recoger a Mourka. Como el coche estuvo bajo tejado, los del helicóptero, desde mucha distancia, pensaron que habían recogido a Mourka. Y en cuanto el coche se alejó de la casa, lo bombardearon. Eran dos hombres blancos los que iban en ese helicóptero, general… ¿Dos agentes de la OTAN, quizá?

—¡Está loca! —insistió Harriman, con voz aguda—. ¡Completamente loca!

—Lo preferiría a que todo esto fuese verdad. Pero no… No estoy loca. Ustedes lo han hecho todo de modo que, contando con Mourka y esos viejos espías, los servicios secretos europeos llegarían a la conclusión de que todo había sido obra de los árabes…, los cuales no tienen nada que ver en esto, en realidad. Mourka y sus amigos; simplemente, aceptaron trabajar para ustedes. Luego, tenían que venir a Roma, a cobrar…

Pero, claro, también los habrían asesinado, ¿no es así? Mientras tanto, la flota rusa, «con muchísima suerte», conseguiría llegar a los Dardanelos antes de que apareciese el pesquero Kalansko, cargado con las dos bombas atómicas, y éstas fuesen dispuestas para la detonación que hundiría las orillas del Estrecho, impidiendo el paso

a cualquier embarcación del calado y tonelaje de los barcos de guerra. Pero no es esto precisamente lo que han planeado ustedes, sino todo lo contrario: lo que ustedes quieren es que la flota rusa llegue al mar Negro, y entonces, sólo entonces, lanzarán esas dos bombas sobre los Dardanelos, cerrando el estrecho. De este modo, la flota rusa del Mediterráneo quedará embolsada durante mucho tiempo. Medio año, quizá un año entero, quizá más… Y ese tiempo es el que ustedes quieren: tiempo para intentar ponerse a la altura de la flota rusa, cuyo poderío tiene angustiada a la OTAN… y a todo el mundo. Cada vez que tienen noticias de la flota rusa paseándose orgullosamente por el Mediterráneo, ustedes deben sentir un escalofrío de terror… ¿No es así, general? ¿No es cierto lo que estoy diciendo?

—No… ¡No!

—Sí, lo es. ¡Qué maravilloso sería poder tener encerrada durante un año a la flota rusa en el mar Negro…! Y en un año pueden pasar tantas cosas… ¡Tantas cosas! Incluso una guerra formal…, en la que la flota rusa, evidentemente, no podría intervenir. ¡El sueño más maravilloso que podrían tener, en la OTAN! Y todo, por que ustedes, tan inteligentes, han sido capaces de idear ese formidable plan, simulando que les han robado dos bombas atómicas, que unos locos árabes lanzaran sobre los Dardanelos… ¡Pero, mi general, si ni siquiera existe ese pesquero llamado Kalansho! Y por supuesto, han sido ustedes mismos quienes han retirado las dos bombas del silo, y las tienen dispuestas para ser lanzadas desde no sé dónde en cuanto la flota rusa llegue al mar Negro… ¿No es así? ¡Conteste! ¿Es así o no es así? ¡Quiero que me conteste! ¡Y ahora!

Donald Harriman sacó un blanquísimo pañuelo, y se lo pasó por la frente, que chorreaba sudor, en una abundancia increíble. Tan increíble como el hecho de que un hombre tan pálido pudiese estar vivo.

—¿No quiere contestar, general?

—Pero, por Dios…, ¿de parte de quién está usted? —jadeó Harriman.

—¿De parte de quién estoy? —Respingó Brigitte—. ¡Se lo voy a decir, maldita sea su estampa! —El rostro de la espía internacional estaba demudado—. ¡Yo estoy siempre de parte de aquellos que estén dispuestos a no utilizar las armas! ¿Me comprende? ¿Me

comprende usted bien, puerco?

—¡Tenga cuidado con lo que dice! Puedo informar a Washington de su…

—¿A Washington? ¿Usted va a informar a Washington de que la agente Baby ha impedido que nueve locos, por su cuenta y riesgo, queriendo fortalecer a la OTAN, se disponían a lanzar dos bombas atómicas? ¿Usted va a informar de eso? ¡Pues informe! ¡Loco, estúpido y asesino, informe de lo que quiera! Por mi parte —Brigitte puso la mano en el cierre de la portezuela, para salir—, me limitaré a informar a los rusos de que no entren en el mar Negro…

—¡Usted no hará eso! —Harriman sacó una pistola—. ¡No le permitiré que…!

Plof.

El general Harriman abrió mucho los ojos, y se quedó mirando la pequeña pistolita que relucía en la mano derecha de la señorita Montfort. Es decir, sus ojos quedaron asombradamente fijos en la pistola, pero ya no la veían… Ya no veían nada…

El hombre que había conducido el coche de la espía hasta allí llegó corriendo, y abrió la portezuela.

—He visto el fogonazo del disparo… —musitó—. Supongo que no ha podido evitarlo.

—No. Ahora le toca a usted, Simón; prepare las cosas de modo que parezca un accidente, y haga llegar a sus destinatarios las ocho notas que le entregué. Todo lo que sabrán es que la agente Baby ha intervenido en esto, y que cuando ellos reciban esas notas la flota rusa habrá desistido de su veloz carrera hacia el mar Negro… ¿Estamos de acuerdo?

—Por supuesto.

Brigitte Montfort, alias Baby, salió del coche, fue al otro, se colocó ante el volante, y lo puso en marcha. Cuando se alejó, seguía lloviznando dulcemente cerca de Viena…

Este es el final

Eran casi las siete de la tarde cuando los diez hombres que esperaban paseando por los alrededores de las ruinas de Thorikon vieron aparecer el helicóptero. Se quedaron mirándolo, hasta que aterrizó. Del helicóptero saltó una mujer, joven, rubia, de cuerpo espléndido, que alzó un brazo y fue girando, en claro gesto de llamada.

Para entonces, Hans Klauberg, que ya la había reconocido, caminaba presurosamente hacia ella, y los demás decidieron imitarlo. En menos de un minuto, Erika Schenk estuvo rodeada de viejos espías, que la contemplaban expectantes, mientras ella abría el gran portafolios que le habían tirado desde el helicóptero, y comenzaba a sacar fajos de billetes, el primero de los cuales tendió a Nikolai, el exespía soviético.

—Noventa mil dólares, Nikolai. Con esto, ha recibido usted su paga de cien mil.

El ruso estaba atónito.

—¿Quién es usted? —exclamó.

—Dentro de un momento, responderé a esa pregunta. Mientras tanto, iré repartiendo a cada uno de ustedes noventa mil dólares… Fueron alquilados por esa cantidad, y quiero que la cobren —Erika seguía repartiendo fajos de billetes americanos a los estupefactos espías—. Pero debe quedar bien claro qué van a olvidar definitivamente el espionaje. Con cien mil dólares cada uno, no podrán vivir como millonarios, pero sí pueden retirarse de verdad. Jamás vuelvan a alquilarse, olviden esto…, por favor. ¿De acuerdo?

—¿Quién la envía? ¿De dónde ha salido este dinero? —preguntó Manfredi.

—El dinero es mío, ha salido de mi cuenta en Suiza, y estoy celebrando que determinadas personas han sido lo bastante sensatas para no disparar dos bombas atómicas… Vamos a celebrarlo todos.

Todos… menos uno.

—A mí no me ha dado mi parte —dijo Hans Klauberg.

—Su parte es muy pequeña, Hans. ¿Recuerda que usted mató a un agente de la CIA porque quería ganar cien mil dólares?

—Sí… Sí, pero aquello ya no…

—Ya no…, ¿qué? ¿Ya no tiene importancia? Se equivoca… Y voy a demostrárselo matándole a usted, también por cien mil dólares, para ahorrármelos… ¿Me comprende?

—¿Quiere matarme? —tartamudeó Klauberg—. Pe-pero… ¿por qué? ¿Por qué, *fraulein* Schenk, qué le he hecho yo a usted…?

—Antes, nuestro colega Nikolai me preguntó quién era yo. La respuesta llega ahora: soy Baby, de la CIA. ¿Lo comprende ahora, Hans? Usted metió tres balas en la espalda de mi compañero James Dixman, ¿no es así? Por el amor de Dios…, ¿qué puede usted esperar de mí?

—Puedo…, puedo esperar piedad… Estaba tan asustado… ¡No sabía lo que hacía, se lo juro! ¡Se lo juro! Por Dios, tiene que creerme —Hans klauberg cayó de rodillas cuando Erika Schenk sacó su pistolita y le apuntó a la frente—. ¡Tiene que creerme, no quería matarle, estaba asustado…!

—Hans, si usted no hubiese tenido dinero, yo le perdonaría ahora, porque comprendería que se hubiese dejado dominar por la necesidad de ganarlo para usted y su esposa, cuando ya la juventud ha quedado atrás. Pero no es así. Me he enterado bien: usted tiene un retiro aceptable, capital propio… Poca cosa, pero suficiente para vivir. No debió matar a mi Simón.

—¡Pero le juro que…!

Plof.

La voz de Hans Klauberg fue tronchada por el disparo, se convirtió en un rugido ahogado que terminó en seguida. Nadie se movió. Las miradas estaban fijas en el cadáver de Klauberg, tendido al sol de la tarde. Finalmente, todos miraron hacia *fraulein* Schenk, que estaba subiendo al helicóptero, el cual se elevó inmediatamente.

A los mandos, Wilhem von Stenheil miraba, impávido, hacia el grupo de hombres que tenían alzada cabeza…

—En realidad —susurró—, todos somos espías de alquiler. ¿Quieres que te lleve a casa y me encargue de avisar a Número Uno

para que pase a recogerte con su avioneta?

Volvió la cabeza hacia *fraulein* Schenk, que tenía la mirada fija en el frente, en el cielo azul. Pero no debió ver muy bien, porque tenía una enorme lágrima en cada ojo.

—No tienes por qué arrepentirte de lo que has hecho… —aseguró Alexandria—. ¿Quieres que avise a Número Uno?

—Sí… —Tragó saliva Brigitte Montfort—. Sí, por favor, Wilhem, por favor…

FIN